

KIM YOUNG-HA

QUIÉN SABE  
SI MAÑANA  
SEGUIREMOS  
AQUÍ

novela



D.J.57

# Índice

Portada

Sinopsis

Portadilla

Quién sabe si mañana seguiremos aquí

Kim Young Ha

Notas

Créditos

**Gracias por adquirir este eBook**

Visita [Planetadelibros.com](http://Planetadelibros.com) y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

**¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!**

Primeros capítulos

Fragmentos de próximas publicaciones

Clubs de lectura con los autores

Concursos, sorteos y promociones

Participa en presentaciones de libros

**PlanetadeLibros**

Comparte tu opinión en la ficha del libro  
y en nuestras redes sociales:



**Explora**

**Descubre**

**Comparte**

## Sinopsis

Hace veinticinco años que no mata a nadie. Hace tiempo que lo cambió todo por llevar una vida normal. Pero Unji, su hija, lleva días sin pasar por casa y los números del teléfono se desdibujan cuando intenta llamarla. ¿Cómo funcionaba esto exactamente? ¿Cuál era el número? De hecho... ¿a quién quería llamar?

Para este asesino en serie retirado, la vejez no es el camino tranquilo que esperaba. Los primeros síntomas del alzhéimer se manifiestan al mismo tiempo que en su barrio comienzan a producirse una serie de crímenes. Alguien está secuestrando y matando a mujeres jóvenes, mujeres como su hija, ahora en paradero desconocido. Y, por si fuera poco, solo hace unos días que esta decidió presentarle a su prometido, un hombre con los ojos fríos como el hielo.

En *Quién sabe si mañana seguiremos aquí*, Kim Young-Ha narra la lucha solitaria de un hombre contra el olvido, una batalla contrarreloj que le enfrenta a las brumas de su memoria para encontrar pistas sobre la desaparición de su hija. Un combate sin aliados en el que ni siquiera se puede fiar de sí mismo.

QUIÉN SABE SI MAÑANA  
SEGUIREMOS AQUÍ

Kim Young Ha

Traducción de Seong Cholim y Kwon Eunhee



\*

Mi vida. Puedo dividirla en tres partes. Mi niñez, antes de matar a mi padre. La juventud, viviendo como un asesino. Y una madurez tranquila, sin muertes de por medio.

Unji representa esta tercera etapa. No sé cómo decirlo. Para mí, es como una especie de talismán. Verla despertarse todas las mañanas fue lo que me alejó de ese pasado, cuando deambulaba de un lado a otro en busca de nuevas víctimas.

En la televisión mostraron a una leona de un zoológico en Tailandia que había caído en una profunda depresión tras perder a su cachorro. Se negaba a comer y a moverse. Desesperado, un guarda metió en la jaula un puerco recién nacido y la leona le dio de mamar y lo crio como si fuera suyo. Me pregunto si no será así mi relación con Unji.

\*

He perdido el apetito. Vomito todo lo que como. Quiero ingerir algo, pero no sé qué. Siento una enorme apatía. Quiero beber y fumar, cosa que en la vida he hecho. Tampoco creo que lo vaya a hacer.

\*

—Estoy saliendo con alguien —dijo Unji.

Según lo que recuerdo —obviamente, ya no puedo fiarme de mi memoria—, es la primera vez que Unji me habla de un hombre. Caigo en la cuenta de que no estoy preparado para esto, para aceptar a un hombre en la vida de Unji. No me lo había imaginado antes ni me lo puedo imaginar ahora. ¿Es que acaso pensaba vivir toda la vida con ella?

Cuando estudiaba secundaria varios chicos rondaban la casa. Eran muy jóvenes y yo un viejo ya entonces, pero en cualquier caso acababan huyendo en cuanto aparecía. No los reprendía, tampoco los atemorizaba, tan solo les soltaba unas cuantas palabras y reculaban acobardados. Incluso los perros más feroces esconden el rabo entre las piernas cuando llegan al veterinario, cosa que sorprende mucho a los dueños. Los adolescentes son iguales a esos perros. Basta una mirada y todo queda claro.

—¿Y?

—Estoy pensando en traerlo —dijo ella ruborizándose.

—¿Traértelo a casa?

—Sí.

—¿Y eso?

—Quiero que lo conozcas.

—¿Yo? ¿Para qué?

—Me ha propuesto que nos casemos.

—Es tu problema.

—¡No seas así!

—Al final todos acabamos solos.

—Y entonces ¿para qué vivir si todos acabaremos en un hueco? —dijo Unji y en su voz, aunque baja, se percibía la rabia tras una fina capa de hielo.

—Pues... igual.

—¿Qué esperas? ¿Que no me case para pasar el resto de mi vida cuidándote?

No estoy seguro. ¿Será eso lo que deseo? No supe qué responder. Lo único que quería era evitar el tema.

—Como sea, no importa. Pero yo no pienso verle la cara. Si te quieres casar, allá tú.

—No hablemos más de esto. Dejémoslo para otro día.

Unji se levantó y salió de la habitación. No sé por qué, pero me siento avergonzado. También enfadado. Desconozco los motivos. Tenía hambre, así que me preparé un plato de *guksu*. Probé un bocado y me supo raro. Me di cuenta después. Se me había olvidado añadirle la salsa de soja. Busqué la botellita pero nada, no la encontré por ningún lado. Habrá que comprar una nueva. Cuando me muera, seguro que encontrarán por la casa un montón de botellas de soja.

Volví a sentirme desesperado mientras lavaba los platos. En el fregadero había otro cuenco de *guksu* sin terminar. Dos platos de *guksu* en un solo día.

\*

—«Por mi honor, amigo —respondió Zaratustra—, todo eso de que hablas no existe: no hay ni diablo ni infierno. Tu alma estará muerta aun más pronto que tu cuerpo: así, pues, ¡no temas ya nada!»

Es como si Nietzsche hubiera escrito esto por mí.

\*

No tengo amigos con quien compartir el corazón. Es una de esas desventajas de haberme pasado tanto tiempo como asesino. Pero ¿y la gente normal? ¿Tendrá amigos así?

\*

El estruendo de los truenos y relámpagos llenó de murmullos el bosque de bambú. No pude pegar ojo en toda la noche. El sonido del agua que cae recorriendo el alero del tejado me irrita sobremanera. Y pensar que antes me gustaba tanto.

\*

Unji ha traído a casa a «la persona con quien sale». Es la primera vez que hace algo parecido. Mejor dicho, es una cosa seria e importante. No me queda otra que aceptar la situación. Me sudan las manos.

El tipo conduce un *jeep* con tracción en las cuatro ruedas. Se ve a mil leguas que es un todoterreno de caza. No quedó satisfecho con los faros auxiliares de largo alcance y le añadió hasta tres antinieblas en el parachoques. Estos coches se rediseñan de modo que el maletero pueda lavarse simplemente con un chorro de agua e incorporan hasta dos baterías extras. En periodos de caza, la montaña que hay detrás de la aldea se llena de tipos como este. Está claro que Unji ha elegido un cazador como posible marido.

—Le presento mis respetos, señor. Me llamo Park Yute —dijo y me hizo una gran reverencia.

Yo también me incliné un poco para no hacerle el feo. No era muy alto, poco más de un metro setenta, pero tenía una piel clara y un buen físico. Aunque si uno se fijaba bien, era estrecho de frente, tenía los ojos pequeños y la mandíbula afilada. Típica cara de ratón. Tal vez para disimular esa cara de roedor llevaba gafas de pasta. Por momentos aquel tipo me resultaba familiar, pero como últimamente me fío tan poco de mi memoria, no me atrevo a asegurar nada. Después de los cumplidos, él, muy educado, se quedó de rodillas en el piso y Unji se sentó entre nosotros.

—Póngase cómodo.

—Gracias, estoy bien.

Apenas terminó de hablar se lo solté:

—Sufro de demencia. De alzhéimer.

Unji levantó sorprendida la cabeza y se quedó mirándome. Había reproche en sus ojos.

—¿Se lo ha contado Unji?

—Sí.

—Si algún día no lo reconozco, no se ofenda. Según el médico, se empieza por olvidar lo más reciente.

—Dicen que las medicinas de ahora hacen milagros.

—Eso quisiera yo.

Unji trajo un plato de peras y manzanas peladas. Mientras las probaban, el hombre aprovechó para hablar de su trabajo.

—Me dedico a los bienes raíces.

—¿Tiene una inmobiliaria?

—Compro tierras, las parcelo y las revendo.

—Debe pasar mucho tiempo de aquí para allá, ¿no?

—No queda otra, tenemos que trabajar sobre el terreno. Las tierras son como las mujeres. Uno nunca debe fiarse de lo que le cuentan sobre ellas.

—¿Por casualidad nos hemos visto alguna vez?

—No, esta es la primera —respondió mirándome con la cabeza inclinada hacia abajo y una sonrisa.

—Puede ser que lo hayas visto —intervino Unji—. Últimamente ha pasado mucho tiempo por la zona.

—Y el barrio no es muy grande —corroboró él.

—Pero no es de por aquí, ¿no?

Hablaba con un pequeño deje sureño. Asintió con la cabeza, pero no dijo lo que yo me imaginaba.

—Tiene razón. Nací y me crie en Seúl.

—Entonces ¿se irán a vivir a Seúl si se casan?

Nos miró por un instante y se apresuró a responder:

—No, no —y luego añadió—: Unji no se va a ir a ninguna parte. ¿Adónde va a ir con usted aquí?

—Viviremos en el centro —dijo Unji mientras alargaba el brazo hasta rozarle la mano.

Él, sin embargo, no se la tomó y la mano de Unji se encogió hecha un puño, como un caracol en peligro. Aquella mano azorada pronto regresó a su lugar. Ocurrió en un abrir y cerrar de ojos, pero me dejó un mal sabor de boca.

En cuanto se levantó para marcharse Unji lo siguió. Luego se subió al *jeep* y se sentó en el asiento del copiloto como si nada. Estaba claro que no era cosa de un día. Bajó la ventana, dijo que se iba al centro y volvió a subirla.

Cerré la puerta y entré a casa para anotar este primer encuentro con Park Yute antes de que se borrara de mi memoria. Me invadió una sensación extraña. Era la primera vez que lo veía y ya lo estaba aborreciendo. ¿Por qué? ¿Habré notado algo en él? Pero ¿qué?

\*

La factura de la calefacción llegó muy elevada. Todos los precios se están disparando.

\*

He hojeado mis apuntes y me he llevado un susto. ¡Era él! ¿Cómo es posible? Tiene que ser una jugarreta del diablo. ¡Qué desfachatez! ¡Aparecer en mi propia casa! ¡Y nada menos que como el prometido de Unji! Y yo, que ni siquiera me di cuenta. ¿Habría pensado que disimulaba o que de verdad no me acordaba en absoluto de él?

\*

Estaba leyendo un libro cuando de entre sus hojas se deslizó una nota. Posiblemente la haya copiado yo, pero hace mucho tiempo, pues el papel se había vuelto amarillento.

Quando miras largo tiempo a un abismo, también este mira dentro de ti.

NIETZSCHE

\*

—¿De qué conoces a Park Yute? —pregunté a Unji en el desayuno.

—Por casualidad... pura casualidad —contestó, pero no la creí.

La sabiduría empieza ahí, en desconfiar de esas casualidades que la gente menciona como si nada.

\*

El asesinato es la respuesta más efectiva a muchos problemas. Aunque no siempre es así.

\*

Eso es. El número que me dio Park Yute. Me lo apuntó él mismo. ¿Dónde lo habré dejado?

Me he pasado el día buscándolo, pero nada, no lo he podido encontrar. Ni revolviendo toda la casa. Cada vez me cuesta más encontrar algo. ¿No será que Unji se deshizo de él sin decírmelo?

\*

—¡Vaya, se ha puesto los zapatos al revés! —dijo riéndose la dependienta de la pequeña tienda de comestibles.

Tardé un buen rato en entender lo que quiso decir. ¿Qué será eso de los zapatos al revés? ¿Una metáfora?

\*

Unji se ha ido al trabajo. He encontrado en su mesa un folleto publicitario de un hogar de ancianos.

REFUGIO PARA EL ALMA Y EL CUERPO.

INSTALACIONES DE LUJO.

Palabras llamativas y tentadoras. ¿De verdad podrán mi alma y mi cuerpo encontrar reposo allí? Dejé el folleto tal como lo había encontrado. Unji sueña, sueña con un dulce hogar junto al hombre que ama... y a mí, que soy su mayor estorbo, mandarme al asilo... ¿Será idea de Unji o acaso una maquinación de Park Yute?

\*

He conseguido el número de Park Yute. Lo encontré en el móvil de Unji. He ido al centro a hacer algunas compras y le he pedido el favor a un dependiente. Una de las ventajas de ser viejo es que normalmente la gente no desconfía de ti. El dependiente llamó a Park Yute y se hizo pasar por un mensajero.

—Disculpe, pero en el paquete no se lee bien su dirección.

Al parecer, Park Yute no le puso ninguna pega. El dependiente apuntó la dirección y al entregármela dijo:

—¿Puedo preguntarle por qué me lo ha pedido?

Parecía disfrutar con la situación.

—Es mi nieta, se ha ido de casa.

El dependiente se rio. ¿Por qué se reiría? ¿Para darme a entender que se imagina todo lo demás o será que simplemente quería burlarse de mí?

\*

He ido tras los pasos de Park Yute. Pasa la mayor parte del día en casa, hasta que cae la tarde y sale con su *jeep*. No suele parar en ningún bar ni en casas de té. A veces se planta enfrente de una huerta o sembrado a observarlo. Podría pasar perfectamente por un agente inmobiliario, pero no creo que sea el caso. No tiene contacto con nadie. Algunas noches sale y le da por pisar fuerte el acelerador, sin un motivo aparente. Tengo el presentimiento de que lo que caza no son animales. Si es así, si mi presentimiento está en lo cierto, esto no puede ser más que una broma de mal gusto de los dioses. O quizá me están poniendo a prueba.

\*

He pensado seriamente en denunciarlo. ¿Cómo se dice eso que da el tribunal? ¡Ah, sí! ¡Una orden de registro! Con eso podrían inspeccionar la casa y también el coche... pero si no encuentran ninguna prueba de peso lo soltarían. Entonces, el tal Park Yute sospecharía de mí, ya de por sí el tipo me vigila. Me tiene al acecho. Y si de verdad es un asesino está claro que Unji o yo seríamos sus próximas víctimas. Examino nuestra situación desde su punto de vista: un anciano de setenta años con alzhéimer y una joven veinteañera indefensa viviendo en una casa aislada al pie de una montaña. No puede haber presa más fácil.

\*

Me he sentado con Unji para contarle lo de Park Yute. Que choqué con su *jeep* y lo que vi en el maletero. La sangre roja y nítida y cómo huyó de mí. El tiempo que lleva acechándome desde entonces. Lo que puede significar que alguien así aparezca «casualmente» ante nosotros y el peligro que corres tú, Unji.

Me escuchó con paciencia y después dijo:

—Papá, no sé de qué me estás hablando.

Lo volví a intentar, pero ella respondió lo mismo: que lo que le estaba contando no tenía ni pies ni cabeza, que no entendía nada de lo que le estaba diciendo. Fue como cuando uno está aprendiendo inglés y se pone a hablar con un norteamericano. Uno pone todo de su parte, e igual hace el que escucha, pero ninguno de los dos consigue comunicarse realmente. Lo único que le quedó claro a Unji es que yo aborrecía a aquel hombre. Y no es así, Unji, no es que yo deteste a ese tipo, lo que pretendo es advertirte del peligro. Que estás poniendo tu vida en manos de un verdadero criminal. Que el que os hayáis conocido no ha sido en absoluto una casualidad.

Fracasé en el intento. A Unji se le agotó la paciencia y a mí la angustia hacía que se me atragantaran aún más las palabras. Toda la vida ha sido así: la palabra, siempre más lenta que las obras, es imprecisa y ambigua. Ha llegado la hora de entrar en acción.

Un llanto sordo se cuela desde la habitación de Unji.

\*

Me dirigí al centro. Busqué con detenimiento una zona sin cámaras de vigilancia y entré en una cabina de teléfono para llamar a la policía. Cubrí el auricular con la manga de mi camisa para camuflar mi voz. Les dije que Park Yute, un tipo que conducía un *jeep* de caza, era probablemente el asesino en serie al que buscaban. El policía no entendía lo que le estaba diciendo.

Describí con lentitud el todoterreno pronunciando con claridad cada palabra. Ahora sí parecía haberlo cogido, pero no me creía. Me pidió mis datos. Le dije que no podía dárselos, que temía por mi seguridad. Me preguntó por qué pensaba que era el asesino.

—Registren el coche —le contesté—. He visto sangre ahí.

\*

Entré en la habitación por algo, de eso no me cabe duda, pero me quedé ahí plantado sin saber qué hacer durante un buen rato porque no conseguía acordarme. Como si un dios que controlara mis movimientos hubiera soltado de pronto el control remoto. Así estuve un tiempo, con la mente en blanco y sin saber qué hacer. ¿Y si me pasa esto cuando esté a punto de coger a Park Yute?

\*

Según la televisión, un sospechoso de asesinato múltiple se entregó voluntariamente, pero fue puesto en libertad de inmediato por falta de pruebas. ¿Por qué la policía lo dejaría marchar? ¿De verdad no encontrarían nada? Son otros los tiempos, pero aquellos siguen igual de ineptos.

¿Tendré que arreglármelas solo? ¿Es que no hay otro remedio?

\*

Por primera vez en mi existencia pensé en lo que significa matar por necesidad. Un coleccionista de equipos de música de toda la vida, que por exigencias del trabajo tiene que ir de pronto a comprar un amplificador para un evento, probablemente sepa lo que siento.

\*

Ya está decidido. Sé qué es lo último que haré en la vida: matar a Park Yute antes de que desaparezca de mi memoria.

\*

Una vez escuché la historia de un norteamericano que sobrevivió a un rayo y se convirtió de pronto en un genio de la música. Nunca antes había tocado el piano, pero después lo hacía como si nada, además de componer a todas horas y dirigir orquestas. Yo, en cambio, tras el accidente que me dañó la cabeza perdí interés en matar y empecé a vivir como una persona normal. Han pasado veinte años y ahora de pronto me veo preparándome para un asesinato, no por gusto, sino por física necesidad. Es el cielo, que me manda a profanar con mis propias manos mis delitos ya consagrados.

\*

El médico me ha dicho que un enfermo de alzhéimer no puede hacer varias cosas a la vez. Si pongo la tetera en el fuego y me dedico a otra cosa, lo más seguro es que se queme. Que incluso voy a tener problemas para fregar mientras hago la colada. Dice que las mujeres lo primero que deben dejar de hacer es cocinar. Que la cocina, aunque parece que no, requiere de una gran coordinación.

—Hay que simplificar todo lo posible. Y acostumbrarse a hacer las cosas de una en una.

Decidí hacer caso al médico. Por el momento tengo que disponer de todos mis recursos. Park Yute es un tipo duro. Es joven, sano y está armado. Además, debe de tener mucha labia si ha sido capaz de seducir a Unji en tan poco tiempo, incluso para pensar en casarse con él. Para mí que el tipo la rondó por dos motivos. Uno, para tenerme vigilado. Y el otro, para matarla. Si hace falta, acabará también conmigo, pero sabe que padezco alzhéimer. Es posible que ni se moleste, que piense que no valgo la pena. Él va tras Unji. Yo no le intereso. Tengo que acabar con él antes de que sea tarde. Según las noticias, secuestra siempre a mujeres jóvenes, las tortura durante mucho tiempo y luego las mata.

Después de veinticinco años he vuelto para hacer lo que mejor sé hacer. Pero estoy demasiado viejo. Lo bueno es que esta vez no tendré que preocuparme por la fuga. Una cacería se limita solo a la persecución y a la captura. En un homicidio, sin embargo, lo que realmente importa no es la presa sino salvar el pellejo. Bueno, la presa importa, claro, pero lo principal está en no dejarse capturar. Esta vez será diferente. Me concentraré únicamente en atraparlo. No será un asesinato, sino una cacería.

Lo primero que debe hacer un cazador es identificar los movimientos de su

presa. Segundo, localizar su guarida para tenerla vigilada; y tercero, no perder la oportunidad y cogerla a la primera. Si fracasa, vuelta a empezar desde el principio.

\*

Desde que tomé la decisión de atrapar a Park Yute he recuperado el apetito. Duermo bien y me siento mejor, pero no sé si lo hago por Unji o porque quiero. Cada vez lo tengo menos claro.

\*

Park Yute vive en una casa de dos plantas. Al parecer, solo usa el sótano y la primera planta. Tiene una pequeña huerta, que al rodearla da a una construcción que antaño sirvió de establo. Ahí dentro está su *jeep*, con el morro dentro y el trasero al aire. La casa tiene una estructura tal que, si uno no abre la puerta y entra al jardín, es imposible ver lo que ocurre dentro. La rodean arbustos de lespedeza, plantados estratégicamente para evitar miradas indiscretas. Este tipo de casas puede garantizar privacidad, pero son muy vulnerables a ataques externos. Una vez dentro, hagas lo que hagas nadie se va a enterar. Por eso, Park Yute anda tan tranquilo. No le preocupan posibles enemigos externos. *Para defender mi casa me basto yo solito*. Su única precaución es evitar miradas ajenas. La casa desvela en silencio lo que piensa su dueño.

En la segunda planta vive una vieja. Sola. Se ve que hace tiempo que ha pasado de los setenta.

¿Qué relación tendrá con Park Yute?

¿Será la dueña de la casa?

¿Algún familiar?

No importa, no creo que represente un obstáculo. Está jorobada y se mueve con dificultad.

Estoy agotado. Por hoy, es suficiente.

\*

Unji se está preparando para ir al trabajo. Tiene el cuello morado. Como si hubiera sufrido un estrangulamiento. Se lo pregunto. Le pregunto qué le ha pasado y Unji se retrae en un acto reflejo, se encoge como queriendo hacer desaparecer el cuello. Le apremio para que responda, para que me diga si ha sido obra del desgraciado ese de Park Yute.

—No tienes derecho a insultarlo.

—Y entonces ¿qué diablos te ha pasado en el cuello?

Dice que fui yo, que entré en su cuarto e intenté estrangularla. Eso dice Unji. No puedo creerla, pero tampoco puedo asegurar que no lo haya hecho. Así sucede con todo a mi alrededor.

—¿Qué te está pasando? ¡Tú no eras así, papá! Pareces un loco. ¡Estuviste a punto de matarme!

—Mentira. Eso no puede ser verdad.

—¿Por qué te iba a mentir? Por favor, acepta de una vez tu situación. ¡Tienes alzhéimer!

Unji ha blandido esa palabra como un arma para atacarme. Siento que me fallan las fuerzas. Mi memoria no registra aquella escena, ni siquiera como un sueño vago. Estoy confundido. Si lo que dice Unji es verdad, es un milagro que esté viva. Tengo los brazos muy fuertes. Le he pedido perdón, le he dicho que a partir de ahora duerma con la llave echada. Unji se ha sonado y se ha secado las lágrimas. Luego, con resolución, ha sacado de un cajón el folleto del sanatorio de ancianos que ya había visto y se apresta a dármelo. Yo miro hacia otro lado, pero ella no retira la mano e insiste:

—Papá, ya no puedo con esto. Además, es mejor para ti. Imagínate si te pasa

algo cuando yo no esté, ¿eh?

Lo comprendo. Nadie quiere morir estrangulado mientras duerme.

—Está bien. Lo leeré después.

Según las leyes de este país, Unji podría meterme en un manicomio cuando quiera y sin mi consentimiento. Bastaría con una llamada. Llegaría una ambulancia y unos tipos recios me pondrían una camisa de fuerza y me encerrarían en un hospital. Y fin de la historia. El enfermo ya nunca podría salir de ahí, a menos que la familia lo permitiese. He visto casos de conspiración familiar, discordias entre hermanos por un testamento en las que acaban encerrando al cabeza de familia en un manicomio, después de emborracharlo, todo para acordar la herencia. Conmigo, que ya he sido diagnosticado de alzhéimer, Unji lo tendría mucho más fácil. Si quisiera, hoy mismo podría deshacerse de mí.

Mejor un sanatorio de ancianos que un manicomio. Aunque por el momento no quiero ir a ningún lado. A fin de cuentas, no me queda mucho tiempo de libertad.

—Vamos juntos. Me han dicho que podemos ir a ver qué tal es.

Unji me coge las manos y me lo suplica. Le digo que sí, que vayamos. Ella sale rumbo al trabajo y entonces lo recuerdo. Yo maté a su madre, la estrangulé.

\*

Me he comprado una grabadora de las que usan los estudiantes. La llevo colgada del cuello. Cada vez que voy a hacer algo, por insignificante que sea, lo grabo. Luego empiezo. Si se me olvida mientras lo estoy haciendo, conecto la grabadora y escucho lo que acabo de registrar. Y así lo intento de nuevo.

Digo primero «voy al baño a orinar». Y luego voy. «Voy a poner a hervir el agua y voy a tomar un café», y entonces pongo el agua a hervir. Mi yo de unos minutos antes da órdenes a mi otro yo de unos minutos después. En eso se ha convertido mi vida, en secuencias fraccionadas. Incluso con la mente en blanco, cuando veo la grabadora, la conecto por instinto. Por ahora, lo hago no porque realmente lo necesite sino para prepararme, para cuando avance la enfermedad.

Tengo que hacer que mi cuerpo se acostumbre, por eso repito tanto el mismo gesto.

\*

He intentado convencer a Unji de nuevo. Ella me escucha y llora en silencio. ¿Por qué? Si solo trato de protegerla. ¿Qué será lo que la entristece tanto? Yo lo único que hago es preocuparme por ella. Soy incapaz de entender sentimientos tan complicados. ¿Es tristeza? ¿Rabia? ¿Lamento? ¡Quién sabe! Me rogó con lágrimas en los ojos que no le volviera a hablar mal de Park Yute, que le dolía escucharlo. Que es una persona buena y honrada. Que cómo me atrevo a llamar asesino al hombre con el que se va a casar. Que no puedo andar acusando así como así a la gente, sin pruebas. Me consuela pensar que por fin he conseguido que Unji entienda mi mensaje con exactitud. Mejor eso que nada. Al menos he logrado sembrar una sospecha en su ánimo sobre el tipo ese. Después de todo, ¿no fue la pequeña duda alentada por Yago lo que destruyó al invencible general Otelo?

—¡Ni siquiera eres mi padre biológico!

Dicho esto ha salido de la habitación. Es verdad, pero no sé por qué me he sentido tremendamente insultado.

\*

Estoy en casa, tumbado en la cama, cuando veo entrar en el patio a un grupo de personas. Cinco jóvenes uniformados.

—¡Buenas! —saludan.

Son tres hombres y dos mujeres. Pregunto quiénes son. Estudiantes de la academia de policía, dicen.

—¿Y qué buscan?

Responden que están realizando una tarea de grupo, que tienen que reanudar la investigación de algunos casos no resueltos. Dejan sus zapatos al pie de la tarima de entrada y nos sentamos. Me muestran algunas copias de recortes de periódico. Son todos crímenes que yo he cometido. ¡Qué extraño! ¿Cómo es posible que mi memoria recuerde con tanta nitidez cosas que han pasado hace décadas?

—Creemos que se trata de asesinatos en serie, aunque en esa época no existía tal concepto.

Los jóvenes cadetes, futuros oficiales de policía, discuten animadamente. Ellas, muy bonitas; y ellos, altos y bien plantados. Se ríen a carcajadas, incluso hablando de homicidios. ¡Qué bien lo pasáis jugando al FBI!

—La verdad, no sé de qué me estáis hablando. ¿Qué diablos se supone que hacéis aquí, en mi casa?

En vez de una respuesta, aparece en casa un nuevo personaje, como en una escena de una obra de teatro. Un hombre de unos cincuenta años. Los muchachos se levantan todos de golpe y se posicionan para el saludo militar.

—Está bien. Podéis sentaros.

El nuevo personaje se identifica como el inspector An. Se presenta y me

muestra su tarjeta de visita. Dice que había venido para acompañar a los chicos, no quería dejarlos solos. Se sienta a una distancia prudencial, fingiendo desinterés, pero es evidente que su mirada examina cada rincón, tal vez por deformación profesional.

—Adelante, adelante. Seguid con lo que estabais haciendo.

A la orden del inspector, los alumnos de la academia vuelven a las preguntas, un tris más apocado.

—Hemos trazado una línea con todas las escenas del crimen. Justo aquí, mire.

Las líneas sobre el plano que me muestran forman un octágono que tiene como centro el pueblo donde vivo. Una muchacha de cara pequeña y nariz respingona señala el mapa con los ojos centelleantes.

—Si hay un asesino, creemos que...

Señala mi barrio.

—...esta es la zona en la que se encuentra. Obviamente es poco probable que siga viviendo aquí.

¡Una conclusión precipitada! El inspector An, que parecía haber estado dormitando, levanta de pronto la cabeza y se queda observando a sus estudiantes.

—Es mi barrio...

—Como usted lleva tanto tiempo viviendo por estos lares, queríamos preguntarle si no vio en aquella época algún sospechoso.

—Por esos años había muchos espías. Como ya saben ustedes, estamos muy cerca del Norte y venían bastantes. Si un compañero de juego desaparecía unos días, tan solo decíamos «habrá llegado el tío»... El tío que vino del Norte. Nadie mencionaba nada, pero todos lo sabíamos. Había gente de fuera que subía de excursión a las montañas y acababa arrestada e investigada por supuesto espionaje.

—Nosotros no estamos buscando espías —interrumpió impaciente el chico más alto.

Alzo la mano en señal de que me deje continuar.

—Ya, a eso voy. Si hubo algún sospechoso en aquella época, lo más probable es que lo hayan detenido e investigado varias veces. Eran tiempos en los que se podía vivir de las recompensas que se ofrecían por denunciar espías.

—Ah, lo que usted quiere decir es que el asesino puede estar entre esas personas arrestadas por ser supuestos espías y que luego fueron liberadas, ¿no? Y eso, ¿cómo vamos a averiguarlo? —pregunta el muchacho larguirucho dirigiéndose a sus compañeros—. ¿Quedaría algún registro en la comisaría?

—No, nada —ataja el inspector desde donde está sentado.

—¿Nada de nada? —le replica la chica de rostro afilado como pidiendo explicaciones.

Detecto en su tono una velada crítica. Estos jóvenes y presuntuosos estudiantes de la academia de policía, que sueñan con convertirse en oficiales de tanto ver series de televisión norteamericanas como «CSI», probablemente no tengan ninguna consideración por un inspector de homicidios de una comisaría suburbana. Pero si hubierais sido vosotros, si hubierais estado de policía aquí y en esa época, ¿me habríais podido atrapar? Si revolvieran los archivos se sorprenderían: inspecciones arbitrarias, escasa cooperación... y a los pocos sospechosos que capturaron tuvieron que liberarlos por falta de pruebas. Algunos de ellos denunciaron al Estado cuando llegó la democracia alegando torturas durante los interrogatorios. Después, hasta cobraron una compensación.

—¿Acaso no sabéis cómo eran los años ochenta? —pregunta el inspector An—. Era una época en la que toda, toda la policía, incluso la de Gangwondo, una región tan aislada, estaba concentrada frente a las universidades de Seúl para reprimir las protestas. Los agentes, protegidos apenas con sus cascos, estaban constantemente expuestos al peligro de los cócteles Molotov de los manifestantes. Imagínense en ese entonces que alguien matase a unos cuantos en un pueblo: no le quitaba el sueño a nadie.

El inspector An se levanta y sale hacia el patio. Luego, enciende un cigarrillo y aspira. Los estudiantes de la academia también se han puesto en pie. Mientras se ponen los zapatos, uno de los muchachos me susurra al oído:

—Al parecer el inspector An estuvo a cargo de varios de estos asesinatos. Dicen que los fines de semana todavía se los pasa de aquí para allá buscando al asesino. Y eso que ya acabó el plazo de prescripción penal. Pobre, debe de ser como una espina clavada en el pie.

Una de las estudiantes añade:

—Hay que tener cuidado con la gente de pueblo. Suelen ser más porfiados de lo que parecen.

Los jóvenes no saben lo que dicen y eso es lo bueno, pienso.

El inspector deja el cigarro y vuelve hacia la tarima de entrada, como si un pensamiento hubiera cruzado rápido por su mente.

—¿Tiene familia?

—Una hija.

—Ya...

Probablemente busque a un hombre que lleve mucho tiempo solo, un lobo solitario. Los estudiantes salen de la casa y les veo curiosear el pueblo, pero él no va tras ellos, sino que se sienta otra vez sobre la tarima.

—Ja. ¡Qué le voy a contar a usted de los achaques de la edad! ¡Está visto que todo se nos estropea!

Dicho esto, se da unos golpes en la rodilla. Cualquiera que nos viera pensaría que somos amigos de toda la vida.

—¿Y qué es lo que le duele?

—Tengo de todo. Diabetes, artritis, presión alta, ¡que no me libro de nada! Y por andar tras ese desgraciado. ¡Ya no puedo ni con mi alma!

—Es hora de que se tome un descanso.

—Ya descansaré cuando me entierren.

—Claro, no hay descanso mayor que la muerte.

Un momento de silencio.

—Todos tenemos en la vida algo pendiente, ¿no cree? Algo que quisiéramos dejar resuelto antes de morir —dice el inspector.

—Claro, yo también lo tengo —añadí dándole la razón.

—¿Y qué es?

—Nada, cosas mías... Según los estudiantes, usted sigue buscando a ese criminal. ¿De qué le sirve si no va a poder siquiera encerrarlo, inspector?

—Eso digo yo. No hago más que darle vueltas a lo mismo. Y últimamente mucho más. Quiero que sepa que hay alguien tras él, que no lo ha olvidado. ¡Así al menos evitaré que duerma tranquilo!

Mi querido inspector An: tú sí que lo sabes, sabes lo que es matar a alguien.

Has visto la sangre correr en la escena del crimen. Conoces el poder de ese acto irreversible y sabes que hay en él una fuerza que nos atrapa. Pero mi querido inspector, tengo que decirte algo: yo siempre he dormido tranquilo.

—En cualquier caso, también usted debe cuidarse. A mí, de un tiempo para acá, todo se me olvida.

—Pues para la edad que tiene se conserva estupendamente.

—¿Sabe la edad que tengo?

Se asusta. Lo noto, pero disimulo cambiando de tema.

—Me lo ha dicho el médico. El cerebro se me está encogiendo. Acabará secándose, como una nuez.

El inspector An no hace ningún comentario.

—Mañana quizá ni me acuerde de que ha estado usted aquí, inspector.

\*

Los estudiantes de la academia de policía se han marchado, pero yo he seguido con la excitación. Deseaba tenerlos delante y contarles todo. Del primer al último asesinato. Cada una de esas muertes que recuerdo aún con tanta nitidez. Seguro que me escucharían con los ojos encendidos. En sus papeles no hay un sujeto, todo se reduce a predicados verbales y complementos. Donde aparece el «no identificado» debería aparecer yo, mi nombre, el sujeto de todas esas acciones. Me moría por contarle. He aguantado a duras penas, todavía tengo que ponerle fin a algo.

\*

He ido a dar una vuelta al centro. Durante mi ausencia alguien ha estado en casa. Con mucha precaución, pero está claro que la ha revuelto.

Hay cosas que no encuentro por ningún lado. Seguro que se las ha llevado. ¿Un ladrón? Nunca hemos tenido un ladrón en casa.

Cuando Unji vuelve del trabajo le cuento que alguien nos ha robado.

Ella me mira con lástima y me explica que nada de eso ha sucedido. Me pregunta si ha desaparecido algo y no me viene nada a la mente.

Pero lo sé, sé que algo falta. Puedo sentirlo. El problema es que no soy capaz de verbalizarlo.

—Es el alzhéimer. Dicen que les pasa a todos. Ven ladrones en cualquier parte, la nuera, la enfermera...

Sí, a eso lo llaman síntomas psicóticos. Yo también lo sé. Pero esto no es un delirio. Algo ha desaparecido, estoy seguro. El diario y la grabadora, como los llevo siempre encima, están a salvo.

Pero falta algo.

—Sí, eso es, el perro. ¡Ha desaparecido el perro!

—Papá, nosotros nunca hemos tenido un perro.

¡Qué extraño! Yo juraría que había un perro.

\*

El camino frente a la casa de mis padres se llenaba de flores de cerezo. En primavera se formaban largas colas de gente que paseaban bajo los cerezos, plantados en la época de la ocupación japonesa. Cuando las flores lo invadían todo yo evitaba aquel camino. Contemplarlas mucho tiempo me daba miedo. A un perro violento lo espantas con un palo, pero con las flores, ni siquiera eso se puede. Son brutales, de una franqueza incuestionable. Recuerdo con frecuencia aquel camino lleno de cerezos en flor. ¿De qué tendría tanto miedo? A fin de cuentas no eran más que flores.

\*

Nunca he sido detenido ni encarcelado, pero la prisión siempre ha estado muy presente en mi cabeza. En mis caóticos sueños siempre estoy recorriendo los pasillos de una cárcel que nunca he pisado. Me siento aturdido porque no encuentro la celda que me han asignado. Otras veces, entro en una celda llena de gente, a la que yo he matado y que me espera con una radiante sonrisa.

Las prisiones de mi imaginación, sacadas de novelas y series de televisión, son mundos metálicos: puertas de hierro que crujen al abrirse, alambres de púas que coronan como flores lo alto de los muros, esposas y cadenas que aprietan las muñecas, el traqueteo de los platos y las bandejas de comida de los presos, e incluso uniformes color hierro.

Cada persona tiene su propia imagen de la salvación. Para algunos, un jardín inglés con su césped bañado por cálidos rayos de sol. Para otros, un chalet suizo con sus balcones llenos de macetas de flores. Para mí, siempre son prisiones, hombres rudos transpirando por las axilas y los genitales. Todo el cuerpo oliéndoles a sudor. Estos presos me someterían a sus estrictos códigos y podría olvidarme de mí. Que mi ego, que no ha tenido nunca un momento de tregua, pueda por fin tomarse un descanso.

Me he imaginado también en una celda de castigo. Es una imagen que se repite con frecuencia. Una habitación minúscula, tan amplia como un ataúd. Estoy encerrado allí, con las manos atadas a la espalda, lamiendo un plato. Me veo exhausto, pisoteado brutalmente. Forcejeo por escapar como sea. Me mueve un intenso anhelo por volver al mundo que dejé atrás, un mundo hecho de tierra. La escena es bastante excitante, me proporciona un gran placer. Tal vez esté cansado de mi vida, de haberme pasado tanto tiempo tomando y ejecutando

decisiones a solas. El lugar donde el autogobierno de mi diabólico ego converge en cero es la prisión, una celda de castigo. Un lugar donde no podría matar ni enterrar a nadie a mi antojo. Un lugar donde ni siquiera tendría el lujo de concebir tales fantasías. Un lugar donde mi cuerpo y mi alma serían completamente destruidos. Un lugar donde mi yo se aniquilaría para siempre.

\*

El estadio deportivo municipal. Recuerdo cómo se iba llenando de gente. Los motivos de la concentración: Corea del Norte ha mandado una célula guerrillera al Sur; apresaron un buque de guerra norteamericano; dispararon a la primera dama. Los oradores se desgañitaban gritando: «¡Muerte al cochino rojo de Kim Il Sung!», «¡Abajo el comunismo!». Los niños se sentaban en primera fila, mirando con la cabeza levantada hacia la tribuna. Aquel día esperábamos ver un espectáculo, escenas de sangre y miembros amputados.

—¡Es ese! —dijo un amigo, señalando a un hombre joven sentado en la parte posterior de la tribuna—. Estoy seguro, hoy le toca a él.

—¿Cómo lo sabes?

—Es un matón.

Lo cierto es que llamaba la atención. Aparte de él, todos eran miembros de la comunidad local: el gobernador provincial, el comisario de policía, un general del ejército, el superintendente de asuntos educativos y varios directores de escuela. Aquel hombre era el único que rezumaba tensión, la tensión de quien únicamente ha contado con la fuerza de su cuerpo para vivir. Su pecho, recio en extremo, casi no le permitía abotonarse la chaqueta.

Unos momentos después, aquel hombre se dirigió entre aplausos al centro de la tribuna. La concentración había llegado a su clímax. Una tras otra, las mujeres chillaban nerviosas y algunas hasta se desmayaron. Dos mujeres con faldas de algodón se colocaron frente a él con una hoja de papel. «Bastardos comunistas, hijos de puta, ¡es hora de que desaparezcan de la faz de la tierra!», gritó el hombre mientras sacaba un puñal del bolsillo. Las mujeres vociferaron

atemorizadas, cubriéndose los ojos. Sin pensárselo dos veces se hizo un corte profundo en el dedo meñique.

«Exterminar el comunismo», escribió con sangre en el papel y las dos mujeres lo levantaron en el aire. Sonó, entonces, la banda militar y el estadio se llenó de voces cantando *La antorcha de la aniquilación del comunismo*: «Nosotros, que guardamos esta hermosa tierra. Nuestro espíritu indomable al servicio del presente. Desafiemos el fuego de la artillería enemiga. Por la paz de nuestro pueblo, de nuestros padres y hermanos. Compañeros, protejamos nuestra nación. Bajo la antorcha de la aniquilación del comunismo».

Había una ambulancia aparcada cerca del estadio. Uno de sus auxiliares llegó corriendo a donde estaba el hombre, que gritaba desesperado. Que no necesito nada, mierda, que me dejen en paz. Ver su propia sangre lo había alterado en extremo. Resoplaba mirando de un lado a otro, como una bestia acorralada. El comisario de policía se levantó de su sitio, se acercó a él y le susurró algo al oído, algo que lo dejó inmediatamente amilanado. Los auxiliares lo ayudaron a bajarse de la tribuna para contenerle la hemorragia.

En cada concentración siempre había un matón que se amputaba un dedo y gritaba contra el comunismo. Tenía que correr sangre para que la reunión estuviera completa. Según rumores, la policía solicitaba cooperación a bandas organizadas y el cabecilla escogía de entre sus hombres al próximo que subiría al estrado. Siempre me he preguntado cómo es posible que hubiese en cada región tantos matones para cubrir todas esas concentraciones, tan frecuentes por aquel tiempo. Sin embargo, un día de repente dejaron de organizarlas. Ocurrió cuando el presidente murió asesinado por su propio director general del Servicio de Inteligencia.

Mientras la gente andaba buscando fantasmas con nombre comunista, yo continué con mi propia y personal caza. Un hombre que asesiné en 1976 fue declarado por las autoridades víctima de un espía armado: «Creemos que el asesino regresó al Norte después del crimen. Dada la brutalidad con la que se ensañó, estamos seguros de que se trata de un ataque perpetrado por agentes del Norte».

Al ser una muerte provocada por fantasmas, el caso se cerraba.

\*

Fui al centro y al volver, en la entrada del pueblo, me encontré con un tipo extraño. Estaba con los brazos cruzados y me miraba fijamente a los ojos. ¿Quién será? ¿Quién me mira con esa hostilidad tan descarada? Sentí miedo, temor. Por costumbre, primero pensé que era la policía. Luego, cuando llegué a casa y revolví mis notas, me di cuenta de que no, que el tipo era Park Yute.

¿Cómo es posible que mi memoria aún no retenga su rostro? Me siento impotente. En cualquier caso, apunto sus continuas apariciones antes de que se me olviden.

\*

Unji ha vuelto a sacar el tema del asilo. Que vayamos al menos a verlo. De un momento a otro sentí curiosidad por ver cómo vivían esos ancianos con alzhéimer. Decidí ir. Sin embargo, Unji se ha enfadado. Le pregunto por qué y dice que acabo de negarme a lo que ya le había prometido.

—¿Yo? La verdad, no me acuerdo...

Unji volvió a persuadirme, así que nos hemos puesto en marcha enseguida. Luego, escuché todo en la grabadora. Me había pasado el viaje entero preguntando adónde íbamos, y Unji respondiendo pacientemente: «Papá, tú dijiste que querías ir a visitar el hogar de reposo y estamos yendo para allá, solo para verlo».

Unji tomó muchas fotos del lugar. Según ella, para que luego sea más fácil recordar. Yo tomaba notas y lo grababa todo.

Los ancianos parecían tranquilos. Me senté un rato con un grupo. Jugaban a un juego de mesa y me recibieron con cordialidad. El juego consistía en apilar bloques, uno sobre otro. No lo hacían bien. Se derrumbaban y volvían a derrumbarse, pero ellos estaban contentos.

—¿Ves? Lo pasan bien —dijo Unji.

Ella no lo sabe. No sabe que en el placer que yo busco no hay lugar para otros. No recuerdo ningún momento de placer compartido. Yo siempre he cavado muy profundo dentro de mí, ahí es donde he encontrado el placer más duradero. Igual que hay gente que compra hámsteres para alimentar a sus serpientes, yo debía alimentar al monstruo que vivía dentro de mí. Entonces, sí que necesitaba de otros. Los viejos aplaudían, se lo pasaban bien, no hay duda. La escena, nada más verla, me causó repugnancia. La risa es sinónimo de falta

de entereza. Como mostrarse indefenso ante el enemigo, una señal de que te ofreces para el sacrificio. Aquellos viejos me parecieron débiles, ordinarios y pueriles.

También entramos en la sala de recreo. Los ancianos charlaban. Eran conversaciones sueltas, sin conexión alguna. Un enfermo de alzhéimer en estado avanzado repetía una y otra vez cosas sin sentido. Los demás escuchaban, pero cada quien hablaba atropelladamente y a gritos de lo primero que se les ocurría. A veces, sin venir a cuento, incluso rompían a reír.

—Pero ¿cómo se entienden entre sí? —preguntó Unji a la asistenta que nos acompañaba.

—Igual que los borrachos, que se lo pasan en grande hablando entre ellos. Una buena conversación no requiere solo de cabeza —respondió sin vacilar.

Es probable que le hayan hecho la misma pregunta cientos de veces.

\*

«Recuerdos futuros», dice la nota. ¿Por qué lo habré apuntado? Es mi letra, de eso no me cabe duda, pero por más que lo pienso no consigo entender lo que significa. Además, los recuerdos son recuerdos de cosas pasadas, ¿no? ¿Qué puede significar eso de «recuerdos futuros»?

No conseguía aclararlo, así que busqué por Internet: «Recordar lo que se debe hacer más adelante. Es lo primero que olvida un enfermo de alzhéimer. Recordar frases como “tómese las pastillas treinta minutos después de cada comida” es lo que se conoce como “recuerdos futuros”». Olvidar el pasado es olvidarme de mí mismo y olvidar el futuro, permanecer por siempre en el presente. ¿Qué sentido puede tener el presente sin un pasado ni un futuro? ¡No puedo hacer nada! Un tren con los raíles cortados no puede sino detenerse.

El problema es que tengo algo pendiente, algo muy importante que debo llevar a cabo. Estoy preocupado.

\*

Quiero vivir en el silencio. En una ciudad sería imposible. Hay demasiado ruido dirigiéndose hacia mí. Demasiadas señales, carteles, personas y sus ademanes. Soy incapaz de descifrarlos. Me asustan.

\*

He estado en la reunión del grupo de poesía. Hacía mucho que no iba. Esta gente de letras también ha envejecido mucho. Uno de ellos, antes tan entusiasmado escribiendo novelas, me dijo que ahora estudia genealogía. Indicio de que se siente más del lado de los muertos. Algunos de los que escribían poesía se han pasado a la caligrafía, igualmente más próxima a la cultura de los muertos.

—Ahora prefiero leer a otros —dijo un anciano.

—El arte oriental es básicamente imitación —lo coreó otro anciano.

La vejez los ha traído de vuelta a lo suyo, el oriente.

Entre ellos también se encontraba un anciano que fue director de un instituto politécnico y que ahora está jubilado. Todos lo llaman «director Park», en honor al cargo ostentado. Este hombre me preguntó si yo seguía escribiendo poesía.

—Sigo.

Me pidió que le mostrase alguna.

—No son tan buenas como para mostrarlas.

—Aun así, que sigas escribiendo ya es mucho.

—Lo intento, pero cuesta. Debe de ser la edad.

—¿Y de qué van?

—Pues, de lo mismo. ¿De qué si no?

—¿De esas manías tuyas por la sangre, cadáveres y cosas por el estilo? Hombre, con la vejez hay que serenarse, ¿no crees?

—Umm, sí. Y lo estoy. El caso es que antes de morir me gustaría concluir con algo que realmente valga la pena.

—Claro, adelante. Esas cosas no hay que dejarlas para después. ¿Quién sabe si mañana seguiremos aquí?

—Eso digo yo.

Luego tomamos un café juntos. Y yo seguí hablando.

—Últimamente estoy releendo a los clásicos, a los griegos.

—¿A quiénes?

—Tragedia, poesía épica, ya sabes. *Edipo rey* y la *Odisea*.

—¿Y puedes con esas cosas? —me preguntó el director manoseando sus gafas.

—Hay cosas que solo se ven con la edad.

Fui al baño y revisé la grabadora. Todo había quedado grabado.

\*

Encontré en la estantería un poema que no estaba nada mal. Lo leí maravillado una y otra vez e intenté memorizarlo. Luego me di cuenta de que era mío, que lo había escrito yo.

\*

Releo mis notas y vuelvo a asustarme. Mi mente ha borrado por completo la visita de los estudiantes de la academia de policía. Me pasa con frecuencia, pero cuesta acostumbrarse. No se trata de olvidar algo. Es una sensación diferente, como si realmente no hubiera sucedido, como quien lee por primera vez una página de una exploración a la Antártida o una novela de crímenes. Sin embargo, es mi letra, de eso estoy seguro. No recuerdo nada, pero vuelvo a apuntar: «Ayer estuvieron en casa cinco estudiantes de la academia de policía y un tal inspector An».

\*

Últimamente los recuerdos más nítidos son los de hace mucho tiempo.

El primero de todos: estoy jugando con agua dentro de una palangana en medio del patio. Lo más probable es que me esté bañando. Estoy metido de cuerpo entero, lo que quiere decir que tendría tres años o un poco menos. Hay una mujer con el rostro muy pegado al mío. Seguro que era mi madre. A nuestro alrededor hay otras mujeres, todas atareadas. Mi madre me lava aquí y allá, frotándose con dureza, como a un pulpo recién comprado en el mercado. Recuerdo vívidamente su aliento en la nuca y cómo fruncía el ceño para evitar los rayos del sol. Mi hermana no aparece. A lo mejor fue antes de que naciera o estaba en otro sitio. Luego, cuando el baño está a punto de terminar, mi madre me coge del pito y dice algo, pero ya no me acuerdo de más. Si bien ella me había cogido por delante, recuerdo que a mí me dolió el culo y que eso me extrañó. También recuerdo cómo se reían las demás mujeres, pero nada más.

\*

El ser humano es prisionero del tiempo. Un enfermo de alzhéimer vive en una prisión cuyas paredes se van contrayendo. Lo hacen a una velocidad cada vez mayor. Siento que me ahogo.

\*

Me tiene preocupado el que hayan estado aquí los estudiantes de la academia de policía. Vamos a ver si me van a crear problemas para atrapar a Park Yute.

\*

Unji no ha vuelto a casa en toda la noche. Me he preparado para lo peor. Estoy listo para salir en busca del tipo ese en cuanto amanezca. Mientras tanto, sin saber a qué horas, me quedé dormido. Cuando desperté me di cuenta de que Unji había pasado por casa. Y el sol ya estaba en su cenit.

¿Se estará rebelando contra mí?

\*

Hojeo las notas, escucho las grabaciones, y descubro que muchas de las cosas que han sucedido no las recuerdo en absoluto. Lógico. Estoy perdiendo la memoria. Leer lo que ya no recuerdo pero que he hecho, he pensado y dicho me produce una sensación extraña. Es como leer una de esas novelas rusas de mi juventud después de tantos años. Escenas comunes, personajes familiares, pero todo es nuevo. ¿Pasó realmente algo así?

\*

Le he preguntado a Unji por qué no durmió en casa la otra noche. Ha evitado mirarme mientras se tocaba el pelo y se lo pasaba una y otra vez por detrás de la oreja. Lo hace siempre que no quiere escuchar algo, pero intenta reprimirse. Me recordó cuando era niña, una niña ingenua que no sabía nada y que solo me tenía a mí.

—¡Y qué más da! Pasó, ya está —respondió Unji intentando no hablar del tema.

—Nunca lo has hecho. ¿Qué está pasando? ¿Dónde estuviste?

—¡Qué te importa, ¿eh?! —alzó la voz.

No es propio de ella. Está claro que estuvo con él. Ya ni disimula. Pensará que para qué, si un día acabaré olvidándolo todo. Lo que no se imagina es el esfuerzo que estoy haciendo por no dejar que mi memoria se desvanezca.

—El Park Yute ese es un Barba Azul.

—¿De qué barba hablas? ¡Él no tiene barba!

Está visto que a Unji le falta cultura.

\*

No entiendo qué espera el tipo ese para matar a Unji. ¿La tendrá como una especie de rehén? ¿Pensará que con ella al lado no me atreveré a denunciarlo? Si es así, pues que acabe antes conmigo. Sería más fácil. ¿Qué esperas, Park Yute? ¿Eh?

\*

Unji se está comunicando por teléfono con una amiga. He pegado la oreja a la puerta para escuchar la conversación. Debe de estar perdidamente enamorada. No hace más que hablar de él. Que es tan bueno, que se porta tan bien con ella. No creo haber oído nunca la voz de una mujer tan enamorada, una voz genuina, sin afectación alguna. Ella nunca ha tenido un hogar como es debido. Perdió a sus padres cuando era una niña y desde entonces, siempre ha vivido conmigo. Ahora, por primera vez, Unji sueña con una familia, con crear su propia familia. Pero, Unji, ¿por qué, con todos los hombres que hay en el mundo, tiene que ser ese? ¿Por qué el destino querrá que la persona que amas tenga que morir en manos de quien además mató a tus padres?

\*

Espero matarlo pronto. Tengo lapsus mentales cada vez más frecuentes. No me queda mucho tiempo. A este paso pronto acabaré convertido en un inútil. Me siento deprimido...

\*

He encontrado en la cartera de Unji una tarjeta de visita del inspector An. ¿Por qué andará detrás de mí? ¿Para colgarse su última medalla?

\*

Unji me evita directamente. Lo hace desde que le advertí de lo peligroso que era Park Yute. Trato de entenderla. Cuando mi cerebro se arrugue como una pasa y ya no pueda recordar ni hacer nada por mi cuenta, o cuando me haya muerto y esté enterrado, Unji leerá mis notas, escuchará mis grabaciones. Entonces, sí que me comprenderá. Sabrá que todo lo que estoy haciendo fue para protegerla.

\*

—Esta tarde ha venido un oficial de policía a mi laboratorio —dijo Unji. Por lo que cuenta, debe de ser el inspector An—. Me preguntó sobre mi madre.

—¿Y qué le dijiste?

—Le dije que no sabía nada. ¡Es verdad, ¿no?!

—Y a estas alturas ¿para qué andará ese inspector preguntando por tu madre?

—¡Qué sé yo! Le dije que si él se enteraba de algo, que ya me gustaría que me lo contara.

—¿Y?

—Que sí, que lo haré... aunque hay algo extraño.

—¿Qué?

—Tú me dijiste que mi madre había muerto y según el inspector, oficialmente está desaparecida. Y en cuanto a mi padre biológico, el hospital ha emitido un certificado de defunción y su muerte está registrada, pero de mi madre dicen que no han encontrado nada, nada de nada. La han dado por muerta porque el caso no se resolvió y ella llevaba mucho tiempo desaparecida. ¿Cómo se explica eso? ¿No te parece muy raro?

—¿Eso fue lo que le dijiste al inspector? ¿Que te parecía raro?

—Sí. Y él me dijo que también se lo parecía.

—Mira, a mí me lo contó el director del orfanato. Que tu madre había muerto, y yo, pues, me lo creí.

—¿Dónde estará mi madre?

—¡Quién sabe! A lo mejor muy cerca de aquí.

Por ejemplo, en el patio de casa.

\*

He encendido la grabadora. Tengo grabadas varias canciones. Son de Kim Chuja y de Cho Yong-pil. También hay una de Park In-soo, *Lluvia de primavera*. «Lluvia, lluvia de primavera, que me haces llorar. ¿Cuándo dejará de llover? Lluvia de primavera, que haces llorar hasta mi alma.»

¿Por qué las habré cantado?

¡No lo recuerdo!

Me fastidia no saberlo. Pensé borrarlas, pero no sé cómo hacerlo y ahí están.

\*

Al despertarme de la siesta me encontré a Park Yute sentado a la altura de mi cabeza. Me presionaba con fuerza la frente para que yo no pudiera levantarme. Y habló. Sé quién eres, dijo. Le pregunté qué quería decir con eso. Dijo que él y yo estábamos hechos de la misma pasta, que se dio cuenta desde el primer momento. Igual que yo también lo reconocí al instante.

—¿Me vas a matar?

Sacudió la cabeza. Estoy preparando algo mucho más divertido. Dicho esto, salió de la habitación. No me había equivocado. Yo estaba en lo cierto. Pero ¿qué es lo que está tramando?

\*

La vergüenza y la culpa. La vergüenza es un sentimiento dirigido a uno mismo, mientras que la culpa, apunta hacia otros. Es algo externo. Sentir vergüenza por los demás es de personas que más bien sienten culpa, pero no una real vergüenza. Lo que ellos temen es el castigo ajeno. Yo siento vergüenza, pero no culpa. Nunca he temido al qué dirán ni condenas de ningún tipo, pero sí a la vergüenza. Por vergüenza incluso he matado. Gente como yo es la más peligrosa.

Si permito que Park Yute mate a Unji sería una vergüenza. Nunca me lo podría perdonar.

\*

A lo largo de mi vida he salvado muchas vidas. Todas, de animales. Animales que no hablan.

\*

En un momento de lucidez veo frente a mí al inspector An. Está sentado en la tarima de casa hablando conmigo, pero yo no consigo recordar desde cuándo estamos así, frente a frente. Él ha seguido hablando. Es como si empezara a ver una telenovela por la mitad.

—... fue precisamente en esa tienda. Para volverse loco, ¿no cree?

—¿De qué tienda habla? —intervengo yo.

—La tienda de tabaco, esa en la que siempre he entrado a comprar.

—¿Y qué pasa con esa tienda de tabaco?

El inspector An, que parece un oso, tiene una mirada inofensiva pero penetrante.

—Pues sí que está usted perdiendo memoria... digo que la muerta trabajaba en esa tienda de tabaco.

Ahora sí, ya sé por dónde va. Se refiere a la chica de la tabaquería, mi octava víctima. Así que el inspector fue cliente de ella.

Pero ¿cómo hemos llegado a hablar de esto?

—¿Y?

—Aún sigue apareciendo en mis sueños. Me pide justicia, que atrape al asesino como sea.

—Pues hágalo sin falta.

—Eso haré —dice.

—Pero ¿y qué pasa con el otro, el que anda suelto y en activo? ¿No le parece mejor acabar antes con él?

—Eso es trabajo de la brigada de investigación criminal. Me han apartado del caso, así que hasta que me retire tengo que entretenerme con algo. —El

inspector An saca un paquete de cigarros del bolsillo—. ¿Sabe? El tabaco, que dicen que es tan nocivo para el organismo, parece que ayuda a mantener a raya el alzhéimer —masculla como excusa con un cigarro ya entre los labios.

—También tendría que haber aprendido a fumar...

—¿Quiere? —pregunta ofreciéndome uno.

—No, no sé fumar.

El humo del cigarro lame las columnas de casa antes de elevarse.

—¡No me diga que no ha fumado en su vida! Por cierto, ese perro es muy manso. ¿Cómo se llama?

El inspector le hace señas para que se acerque. El perro, de color marrón y mestizo menea la cola, pero permanece a una distancia segura.

—No es nuestro... Tendré que cerrar bien la casa. Cualquiera se cree que puede entrar.

—La otra vez también estaba. ¿Seguro que no es suyo?

—Le digo que no lo habíamos visto antes. Debió aparecer hace unos días. ¡Fuera, fuera de aquí!

—Déjelo, es muy tranquilo. Pero ¿qué lleva ahí, en la boca?

—Un hueso de vaca. Lo habrá traído de la casa de abajo, que hacen cocidos a todas horas. No se imagina el olor. No entiendo cómo puede haber gente que coma eso a diario... Por cierto, el criminal ese que anda usted buscando, ¿cómo es que aún no lo han podido atrapar? ¿No será que murió? —pregunto como de pasada.

—Puede ser. En cualquier caso, no creo que haya llevado una vida tranquila. Si hasta yo tengo pesadillas... es imposible que alguien que haya matado a tanta gente pueda dormir a pierna suelta. Y si está muerto, igual, tiene que haber sufrido de lo lindo, lidiar con las peores enfermedades. ¿No dicen que el estrés es el origen de todos los males?

—¿No tendrá que ver con el alzhéimer?

—¿Qué? ¿Los asesinatos? —pregunta el inspector An con un brillo en los ojos.

—No, me refiero al estrés —respondo agitando la mano.

—Algo, supongo que sí.

—No creo que exista alguien que viva sin estrés. Después de todo, es como...  
No puedo acabar la frase, no recuerdo lo que quería decir. Me quedo un buen rato así, con la mirada perdida, hasta que el inspector añade circunspecto:

—... ¿un revitalizante?

—Eso es, un revitalizante.

Y sin más, nos echamos a reír. Ja, ja, ja. El chucho baja la guardia y ladra. Un ladrido fugaz dirigido a nosotros.

\*

Todo se me ha empezado a mezclar. Cosas que creía haber apuntado y que no están escritas en ninguna parte. Lo que pensé que había grabado y que resulta que escribí, o a la inversa. Mis recuerdos, mis notas, mis delirios, no consigo distinguirlos. El médico me ha aconsejado que escuche música y así lo he hecho, pongo música clásica en casa. No sé de qué me servirá. También me ha recetado una nueva medicación.

\*

He mejorado mucho en cuestión de días. ¿Será la nueva medicación? Estoy de buen humor y tengo ganas de salir. Incluso me siento más seguro. Mi cabeza, siempre en la nebulosa, ha recuperado nitidez y creo que hasta mi memoria ha vuelto. Eso dicen también el médico y Unji. Al parecer, el alzhéimer viene a menudo acompañado de depresión senil, que es lo que suele acelerar la enfermedad. Según el médico, si la depresión se trata debidamente es posible retardar el alzhéimer o tener la impresión de estar mejor.

Hacía tiempo que no me sentía tan confiado. Me veo capaz de hacer cualquier cosa. Debo aprovechar, ahora que tengo la mente tan clara, para llevar a cabo lo que dejé pendiente.

\*

Han encontrado el cadáver de otra mujer. Esta vez también fue en un canal de agua, en el campo. Las manos atadas y el cuerpo arrastrado al lugar del crimen, todo coincide con los demás casos. Las pesquisas se han intensificado y la policía anda en bandada escandalizando a todo el mundo como una cuadrilla de perros salvajes.

\*

De repente me viene una duda a la cabeza: ¿no será que envidio a Park Yute?

\*

Aunque me cogieran, no podrían condenarme. A veces lo pienso y me parece extraño. Tendría que alegrarme, pero no es así. Me siento completamente desterrado de la sociedad. Desconozco la filosofía, la moral. En mí vive una bestia y las bestias no saben de valores éticos. Entonces ¿a qué vienen estos sentimientos? ¿Será la vejez? El que nunca me hayan atrapado puede haberse debido a mi buena suerte y, sin embargo, esto no me hace feliz. Además, ¿qué es eso de la felicidad? ¿Sentirte vivo? De ser así, me pregunto si acaso mi época de asesino en serie, cuando todos los días pensaba en matar a alguien y planeaba cómo hacerlo, no fue la de mayor felicidad. Vivía a tope, con todos los sentidos puestos, como una cuerda bien tensa. En ese entonces, para mí no había más que presente. Ni pasado ni futuro.

Hace unos años, en una visita al dentista hojeé un libro sobre el placer que proporciona la concentración y cosas por el estilo. Explicaba lo importante que era saber concentrarse, lo reconfortante que podía llegar a ser. Oiga, señor escritor, cuando yo era niño eso de que el hijo se dedicara a una única cosa era una verdadera preocupación para los padres. Pensaban que el niño les había salido monomaniaco. Por esos tiempos, solo los locos podían permitirse tal extravagancia. Si usted supiera de mi total entrega en los asesinatos que cometí hace años, si supiera el placer que experimentaba en esa absoluta dedicación, si fuera usted consciente de lo peligroso que es aquello, no abriría esa boca. Una entrega así es un peligro. Y precisamente de ahí emana el placer.

De mis últimos veinticinco años, los que he vivido sin molestar a nadie, no me acuerdo de nada. Demasiado tiempo, día tras día en el tedio de la rutina, desempeñando un papel que me es ajeno.

Lo que daría por volver a entregarme en cuerpo y alma a algo.

\*

Justo después del accidente de tráfico pasé por una fase de delirios agudos. Efectos secundarios a causa, probablemente, de la operación en la cabeza. Tal era mi estado que las enfermeras tuvieron que atarme las manos y los pies a la cama. Con el cuerpo inmovilizado, mi alma volaba y volaba de un lado a otro. Tuve muchos sueños. Todavía recuerdo uno que de tan nítido es como si lo hubiera vivido. Yo era empleado de una empresa y tenía tres hijos. Dos niñas y un niño, el pequeño. Iba a trabajar a un lugar que parecía una oficina de gobierno, con la fiambarrera que mi mujer me había preparado para el almuerzo. Sentía una languidez dulce, la de quien lleva una existencia estable y segura. Una sensación que nunca había experimentado en la vida. Después de comer, cuando venía de jugar al billar con unos colegas, un compañero de oficina me dijo que mi mujer había llamado. Marqué el número y al contestar su voz sonó apremiante. «¡Cariño, cariño, cariño! —gritó—, ¡sálvame por favor!» Y la línea se cortó. Mientras corría a casa quería decir algo, pero no fui capaz de pronunciar una palabra. Abrí la puerta y entré en el apartamento. Mi mujer y mis tres hijos estaban en el suelo, colocados boca arriba y uno al lado del otro. En ese preciso momento, un policía me esposó la muñeca. ¿Qué estaba pasando? ¿Vine corriendo a casa para ser arrestado?

Una vez pasado el delirio, cada vez que recordaba ese sueño experimentaba una fuerte sensación de pérdida. Pero ¿de qué? ¿Por el hecho de haber sido expulsado de una vida normal que disfruté tan fugazmente? ¿Por haber perdido a mi mujer y a mis hijos? ¡Qué extraña impresión, sentir la pérdida de algo que nunca tuve! Quizá tan solo fue una alucinación provocada por los efectos de la anestesia. ¿Acaso mi cabeza no podía distinguir ni siquiera eso? También he

cavilado sobre el alivio que sentí en el sueño cuando me arrestó la policía, la misma sensación que debe experimentar el que tras ver todas las maravillas del mundo regresa por fin de su largo viaje a su destartalado y viejo hogar. Está visto que mi mundo es de sangre y grilletes, no de fiambreras ni oficinas.

\*

Nunca he tenido talento para nada. Solo en una cosa he sido hábil, pero dada su naturaleza, es algo de lo que nunca podré presumir ante nadie. Quién sabe cuántas personas pasan a la otra vida sin poder alardear de su orgullo con nadie.

\*

Al parecer, solo con los medicamentos podré retrasar el paulatino deterioro de mis facultades mentales, pero ¡vaya dilema!, cada dos por tres se me olvida tomarlos. Dejo señales en el calendario para no despistarme, pero a veces me quedo un buen rato pasmado delante sin entender lo que quieren decir.

Me ha venido a la mente un chiste tonto que oí hace mucho tiempo. Tras un apagón, un hombre le dice a su hijo que le traiga unas velas.

—Papá, está todo tan oscuro que no las encuentro.

—Pero, hijo, qué tonto eres, búscalas con las luces encendidas.

Esto es lo que me pasa con las pastillas. Para tomarlas, necesito acordarme, pero como no lo recuerdo, no puedo tomármelas.

\*

La gente quiere comprender lo que es la maldad. ¡Vano intento! El mal es como un arcoíris. Cuanto más te acercas, más se aleja. El mal es lo que es porque no se puede comprender. ¿Acaso no fue la sodomía y la homosexualidad un mal en la Europa medieval?

\*

Un músico escribe partituras porque algún día querrá volver a tocar aquella música. En el instante en que concibe una nueva melodía, es probable que su mente se llene de fuegos artificiales. Sin embargo, ahí está él, serenísimo en medio de la inspiración —y no creo que sea fácil—, sacando papel y lápiz para apuntar lo que le dicta la cabeza. En esa calma con que registra cada nota de la melodía, una melodía *con fuoco* —fuego y pasión—, hay un no sé qué de grotesco: ahí está el mísero chupatintas, el funcionario que alberga todo gran artista. Es inevitable, supongo, porque solo así el compositor y su creación pueden perdurar para las generaciones futuras.

Habrán por supuesto músicos que no dejan partituras para la posteridad, así como grandes e incomparables maestros que se han ido como han venido, sin dejar rastro de su excelencia. Incluso los poemas que he escrito con la sangre de mis víctimas, lo que llaman pruebas en una investigación, estarán enterrados en algún rincón de los archivos policiales.

\*

No hago más que pensar en los recuerdos futuros. Debo intentar no olvidarlos ahora. El pasado, los crímenes que cometí, no me importa que se vayan. Ya no forman parte de mi vida desde hace tiempo, así que da igual. Pero el futuro, o sea, mi plan, lo que me queda por hacer, eso sí que he de tenerlo muy presente. Mi plan es uno: matar a Park Yute. Si lo olvido, Unji moriría despiadadamente en sus manos. El problema es que con el alzhéimer mi cabeza trabaja al revés. Los recuerdos remotos los conserva con una precisión asombrosa, mientras que con el futuro se obstina en no registrarlo. Es como si mi mente me advirtiera una y otra vez que yo no tengo futuro. Pienso en ello y me pregunto qué sentido puede tener el pasado sin un futuro.

Lo mismo que el viaje de Odiseo. Nada más empezar llegó con sus compañeros a un país donde la gente se alimenta de lotos. Los lugareños, muy amables, le dan de probar el fruto y Odiseo pierde la memoria y se olvida de que debe regresar a Ítaca, igual que todos sus hombres. ¿Qué es lo que olvidan? La meta del viaje. Ítaca pertenece al pasado, pero los planes de volver a ella representan el futuro. A partir de entonces, debe luchar una y otra vez contra el olvido. Huye del canto de las sirenas y de Calipso, que lo quería junto a ella por siempre. Lo que las sirenas y Calipso deseaban era anclarlo al presente y que olvidara el futuro. Sin embargo, ahí está la lucha de Odiseo, una lucha incansable para no caer en el olvido y planear su regreso a Ítaca, porque sabe que limitarse al presente es precipitarse a una existencia animal. Sin la memoria del pasado, dejaríamos de ser humanos. El presente en sí no es nada, solo un punto imaginario que conecta el pasado con el futuro. ¿Acaso hay alguna diferencia entre un enfermo de alzhéimer grave y una bestia? No, ninguna: comen, defecan,

ríen, lloran y así hasta que les llega la muerte. Eso es lo que Odiseo quiso evitar. ¿Cómo? Recordando su futuro. No renunciando a sus planes para volver al pasado.

Si esto es así, también mi plan, el de matar a Park Yute, es una especie de retorno. El retorno al mundo que dejé, a mi época de asesino. Quién sabe, quizás así logre reconstruir la persona que fui. Así de ligados están el futuro y el pasado.

A Odiseo lo esperaba con ansia su esposa. Y a mí, ¿quién me estará esperando en mi oscuro pasado? ¿Mis muertos? ¿Los muertos que duermen bajo el bosque de bambú, gimiendo cada noche cuando arrecia el viento? ¿O será alguien de quien no me acuerdo?

\*

Tengo la impresión de que el médico que me operó tuvo que implantarme algo en la cabeza. He oído que hay ordenadores así, que con solo apretar un botón borran todos los datos y se autodestruyen.

\*

Unji no ha vuelto a casa otra vez. ¿Cuántos días hará ya? No estoy seguro. ¿Habr  caído en manos de este tipo? Ni siquiera me contesta al teléfono. Debo estar alerta, pero cada vez tengo más lapsus de memoria. Me siento abrumado.

\*

No puedo dormir y salgo. En el cielo las estrellas brillan radiantes. Si vuelvo a nacer, me gustaría ser astrónomo o guardián de un faro. Miro hacia atrás y me doy cuenta de que lo más difícil en mi vida ha sido relacionarme con otros seres humanos.

\*

Todo está listo. Ya solo me queda subir al escenario. He hecho las cien flexiones y mis músculos están fuertes, compactos.

\*

He soñado con mi padre. Se dirigía a una sauna e iba desnudo.

—Padre, ¿por qué anda desnudo? —le pregunté.

—De todas maneras, voy a tener que desvestirme. Mejor ir preparado, ¿no?  
—respondió él.

Me pareció que tenía razón, pero no me dejó tranquilo y volví a preguntar:

—Pero entonces ¿por qué van todos vestidos?

—Nosotros somos diferentes, ¿no te parece?

\*

Esta mañana me he levantado con el cuerpo agarrotado. Me he preparado el desayuno y he hecho algo de ejercicio. Tengo pequeñas heridas en los brazos y las manos. Me he dado cuenta por el dolor y porque me escuecen. Busco la caja de medicamentos y me aplico un poco de pomada. Siento que algo cruje bajo los pies y descubro arena en el suelo. ¿Qué pasaría anoche? ¡Maldita sea, no recuerdo nada! Enciendo la grabadora y ni una palabra, nada grabado. Está claro que he salido, que he ido a algún sitio, pero al parecer no me llevé el aparato. Es como si me hubiera convertido en un sonámbulo. ¿No será que he acabado con Park Yute?

Al menos eso es lo que da a entender la nota que escribí ayer:

Todo está listo. Ya solo me queda subir al escenario. He hecho las cien flexiones y mis músculos están fuertes, compactos.

Pongo la televisión y nada. Las noticias no mencionan ningún asesinato. Tan solo advierten una y otra vez del tórrido calor que tendremos este verano, un verano especialmente caluroso. ¡Qué estupidez! Todos los años, entre mayo y junio, nos vienen con el mismo cuento, que tendremos el verano más mortífero en la historia. ¡Y todo para vendernos aire acondicionado! Está clarísimo. Igual que cuando llega el frío, que tendremos un invierno durísimo, el peor que se haya visto. Si todo lo que dicen los noticiarios fuera verdad, el mundo a estas horas ya sería una sauna o un congelador.

Me paso el día viendo las noticias. Al parecer aún no han descubierto el cadáver de Park Yute. Mejor no me acerco al lugar del crimen, no vaya a levantar sospechas. Pero ¿existirá un cadáver? Tengo en los brazos restos de

tierra reseca, así que es posible que lo haya enterrado en algún lado, pero estoy en blanco, no recuerdo nada. Me siento angustiado. Si por casualidad Unji descubriera el cadáver, ¿qué cara pondría? ¿Y qué haría? ¿Comprendería algún día que todo esto que he hecho, las penas y dificultades por las que he pasado ha sido por ella? ¿Y la policía? ¿Descubrirá también que Park Yute es el asesino en serie que ha estado atemorizando a todo el vecindario? Bueno, quizás esto ya sea demasiado pedir.

Me he dado una ducha. Después de lavarme a conciencia, metí en el fuego la ropa que había llevado. Pasé la aspiradora, luego la vacié y quemé todo lo que había recogido. Disolví lejía en el contenedor de basura, lo limpié de manera que no quedara nada y lo puse a secar. De pronto me ha asaltado una pregunta. ¿Qué sentido tenía lo que estaba haciendo? Mi memoria se va a perder de todas maneras. Y aunque me detuvieran, qué importa. No me queda mucho y por fin podría ver esa cárcel tanto tiempo imaginada en mis fantasías. ¿Qué puede tener eso de malo? Dejar un rato este caótico mundo de tierra y marchar a un mundo de hierro forjado de estrictas particiones cuadrículares.

\*

Hoy he estado todo el día escuchando a Beethoven, su *Concierto para piano n.º 5, «Emperador»*.

\*

Lo leí una vez en el periódico: un enfermo hospitalizado en cuidados intensivos por un cáncer de estómago en fase terminal pidió hablar con la policía y les confesó un asesinato cometido hacía diez años. Era su socio. Lo secuestró y luego lo mató. La policía encontró los restos de la víctima en un monte. Cuando regresaron de la inspección, el paciente ya había entrado en coma, a punto de expirar. El hombre, además del terrible dolor físico, había vivido cargando con el peso de la culpa. Y el mundo lo perdonó. Estaba pagando por ella a ojos de todos. ¿Y a mí? ¿También a mí me podrán perdonar? ¿Qué hará el mundo con un asesino en serie como yo que, sin sufrimiento alguno, avanza hacia un estado de olvido en el que acabará sin saber siquiera quién es?

\*

Hoy me encuentro muy lúcido. ¿Será verdad que tengo alzhéimer?

\*

¿Por qué no entrará Unji a casa? Tampoco responde a mis llamadas. ¿Se habrá enterado de quién soy? ¡No, no es posible!

\*

Paseo por el bosque de bambú. Los árboles, verdes retoños, crecen sin parar.

Me estaba viniendo a la mente algo relacionado con estos retoños de bambú, pero se ha desvanecido.

Miro hacia el cielo. Las hojas de los árboles murmuran estremecedoras contra el viento. Siento una gran paz. No sé a quién pertenece el bosque, pero es muy agradable. Acabo de dar una vuelta por el barrio.

Es probable que esté buscando algo, pero no me viene a la cabeza de qué se trata. Abro el cuaderno. Tengo algunas notas sobre Park Yute y su *jeep*, incluso las veces que ha aparecido y ha estado acechándome.

Doy otra vuelta al barrio, pero nada, ni rastro de Park Yute ni de su todoterreno. Tiene que estar muerto. Murió en mis manos, no me cabe duda.

Me siento orgulloso de haber vencido a un tipo tan joven, pero qué impotencia no poder recordarlo. Nunca he sido de los que coleccionan trofeos. Me he fiado siempre de mi memoria, seguro de que ella se encargaría de conservar cada cosa en mi cabeza. De todas maneras, ¿de qué me iban servir esos trofeos, un anillo o unas horquillas de mis víctimas, si ni siquiera podré recordar a quién pertenecieron?

\*

Contemplé desde el porche de casa la caída del crepúsculo justo ahí donde empieza el pueblo. ¿Acabará así la vida?

\*

Los perros callejeros abren huecos en el suelo para meterse en ellos. Incluso los domesticados pueden volverse salvajes y comportarse como lobos: aullar mirando la luna, cavar fosas y vivir en manadas bajo estrictas reglas de convivencia. También en la reproducción existen jerarquías. Solo las hembras de los machos líderes pueden procrear una camada de cachorros. Si alguna hembra de rango inferior queda preñada, sería atacada y moriría en manos de las demás hembras de la manada. El chucho ese ha estado varios días excavando el jardín y ahora lleva algo en la boca. ¡Al diablo con el chucho ese, vete a saber de quién será! ¿Qué traerá hoy en esa boca? Agarro un palo y sale huyendo con el rabo entre las piernas. Remuevo con el palo, a ver qué es esa cosa blanquecina y lo veo.

Es una mano de mujer.

\*

O Park Yute está vivo o yo me he equivocado. Una de dos.

\*

Unji sigue sin responder a mis llamadas.

\*

Vivir con el alzhéimer es como el viajero que se equivoca de fecha y llega al aeropuerto un día antes de la partida. Convencido de que está en lo cierto, se dirige al mostrador y con parsimonia entrega su pasaporte y billete de avión. El empleado de la aerolínea lo mira perplejo y muy cortés le informa de que ha llegado un día antes. Sin embargo, él piensa que no, que el que se equivoca es el empleado.

—Vuelva a confirmarlo, por favor.

Otros empleados vienen a corroborar que se ha equivocado de fecha. Incapaz ya de seguir insistiendo, admite su error y se retira.

Al día siguiente vuelve al mostrador con su billete de avión y el empleado le repite lo mismo:

—Ha llegado usted un día antes.

Y así todos los días.

El hombre, que nunca llegará en «el momento adecuado», está condenado a vivir vagando por el aeropuerto. No es que esté atrapado en el presente, ni en el pasado ni en el futuro, sino en «un tiempo que nunca es el correcto».

Nadie lo comprende. La soledad y el miedo es cada vez mayor. Y él mismo está cambiando, ya no hace nada. O más bien, ya no puede hacer nada.

\*

He detenido el coche en medio de la calle. Me siento aturdido. No comprendo por qué estoy donde estoy. Ha llegado un coche de policía y un joven agente golpea la ventanilla con los nudillos. No me suena su cara.

—¿Qué hace usted aquí? —pregunta.

—No lo sé.

—¿Dónde vive?

Saco como puedo la documentación del coche y se la muestro.

—¿Y el carné de conducir?

Obedezco. El policía me mira fijamente a los ojos y pregunta:

—¿A qué ha venido hasta aquí a estas horas de la noche?

—Le digo que no lo sé.

—Sígame. Puede conducir, ¿verdad?

El coche patrulla enciende la sirena y me guía de vuelta al pueblo. Me doy cuenta al llegar de que había salido en busca de Unji y me estaba dirigiendo a la casa de Park Yute. Tengo la garganta seca. Abro la nevera y veo una bolsa de plástico y dentro, una mano. ¿No será de Unji? No me puedo quitar de la cabeza que lo más probable es que sea de ella. Si no, ¿por qué iba a estar ahí? Eso significa que Park Yute sigue vivo e incluso ha tenido la osadía de mandarme la mano de Unji. El muy canalla me está retando y yo ni siquiera soy capaz de llegar a su casa. Y aunque llegue, está claro que no voy a poder con él. Estoy desesperado. Que el tipo ese se burle de mí en la cara y que yo no logre hacer nada. Me entran hasta escalofríos.

Rebusco por toda la habitación la tarjeta que me dejó el inspector An. Debo llamarlo. Ya no tengo nada que perder ni temo por nada, pero por mucho que

busque, no la veo por ningún lado. No me queda más remedio que llamar al número de la policía. Lo cuento todo. Que creo que han asesinado a mi hija, que creo saber quién es el asesino, que vengan lo antes posible, antes de que se borre de mi memoria.

\*

Edipo cometió un asesinato cegado por la ira. Y luego, simplemente lo olvidó. La primera vez que leí aquello me impresionó. ¿Cómo se puede olvidar semejante cosa?

La peste se propaga por todo el reino y Edipo, convertido en rey, ordena averiguar quién es el que ha indispleto tanto a los dioses. Sin embargo, no pasa ni un día en darse cuenta de que el culpable es él mismo. ¿Qué habrá sentido entonces: vergüenza o culpa? Vergüenza de haber dormido con su madre y culpa de haber matado a su padre, supongo.

Si Edipo se reflejara en un espejo, aparecería mi imagen. Vidas similares pero invertidas. Los dos fuimos parricidas, pero él no sabía que el muerto era su padre y consiguió incluso olvidarlo. Es más tarde, cuando lo descubre, que se quita la vista y parte al destierro. Yo, sin embargo, supe desde el principio que mataría a mi padre, que algún día llegaría ese momento. Y nunca he conseguido olvidarlo. Los demás asesinatos fueron solo el estribillo del primero. Cada vez que me manchaba de sangre las manos, evocaba la sombra de aquella muerte, pero ahora, a punto de bajar el telón, todo se borrará de mi memoria, todas las maldades que he cometido se irán conmigo. Ya no tendré la necesidad ni la capacidad de perdonarme. El cojo Edipo tomó consciencia de su vida al menos en la vejez y fue responsable de sus actos. Mientras que yo me estoy convirtiendo en un niño, un alma en pena a quien nadie podrá pedir cuentas de nada.

Edipo pasó de la ignorancia al olvido y del olvido a la autodestrucción. Yo, todo lo contrario, de la destrucción al olvido y del olvido a la ignorancia, a la pura y total ignorancia.

\*

Unos policías vestidos de paisano llaman a la puerta. Me visto y salgo a abrirles.

—¿Han venido por la denuncia?

—Así es. ¿Es usted Kim Byeongsu?

—Sí.

Les paso la bolsa de plástico con la mano dentro.

—¿Y dice que esto lo trajo un perro?

—Así es.

—Ya. Bueno, entonces vamos a rastrear un poco la zona.

—Lo que tienen que hacer es atrapar ya mismo al criminal.

—¿Y quién es? ¿Acaso lo sabe?

—El tipo se llama Park Yute. Es agente de una inmobiliaria y viene a cazar por esta zona...

Los policías sueltan una risa burlona y aparece de pronto un hombre delante de ellos.

—¿Se refiere a mí?

Park Yute. Está con ellos. Me flaquean las piernas. Miro a unos y a otros. ¿Se trata de una banda?

—¡Es él! ¡Deténgalo! —grito señalando a Park Yute.

Él solo se ríe. Siento que algo caliente se desliza por mis muslos. ¿Qué será?

—Miren, el viejo este se está orinando —exclaman los agentes sin poder contener la risa.

Me tiembla tanto el cuerpo que caigo desplomado en el porche. Por la puerta abierta, entra un grupo de pastores alemanes.

—Muéstrole la orden de registro. A lo mejor ni sabe lo que es —ordena un

policía con una cazadora de cuero a otro más joven, que me coloca una hoja de papel delante de las narices.

—Aquí, ¿ve la orden? ¿Sí? Vamos a empezar.

Un pastor alemán husmea un rincón del patio y da tres ladridos cortos. Una policía uniformada toma una pala y comienza a cavar.

—¡Hay algo!

—¿Qué es eso? ¡Pero qué cosa tan extraña!

Encuentran restos de una niña pequeña, no cabe duda. Un esqueleto enterrado hace mucho tiempo. Los policías murmuran inquietos entre ellos. Algunos vecinos se han asomado a la puerta. La casa queda acordonada. Los agentes parecen desconcertados pero también muy excitados. No estoy seguro. Nunca he sido bueno interpretando sentimientos humanos. Pero ¿quién demonios será esa niña? Han dicho que lleva mucho tiempo enterrada. Si es así, entonces ¿cómo es que no lo recuerdo? Y ese Park Yute, ¿por qué andará con la policía?

\*

Estoy encerrado. Los policías vienen a verme a todas horas. «Ayer», repiten ellos pero yo no recuerdo ese «ayer». De hecho, no recuerdo haberlos visto antes. Cada interrogatorio es para mí siempre el primero, por eso lo explico todo desde el principio: la cantidad de gente que maté y aun así cómo logré no ser descubierto; el tipo de poemas que escribía y por qué no asesiné al profesor de poesía del centro cultural. Les hablé también de Nietzsche, Homero y Sófocles, de su agudeza para discernir sobre la vida y la muerte del ser humano.

Sin embargo, ellos no parecen interesados en lo que les cuento, ni en mi deslumbrante pasado ni mucho menos en mi filosofía de vida. Creen que yo maté a Unji y eso es lo único que les interesa. Les digo que es Park Yute quien la mató, que estuvieron saliendo juntos. Les menciono la sangre que goteaba de su maletero cuando choqué con su todoterreno y de cómo desde entonces ha estado merodeándome.

—¡Pero si es un policía! —exclama el agente que tenía delante en ese momento, riéndose con una mueca en los labios.

—¿Y es que acaso un policía no puede matar? —replico yo.

El agente asiente con la cabeza.

—Claro que puede —dice con franqueza—, pero dudo mucho que este sea el caso.

Pido ver al inspector An. Quizás él me crea. El agente vuelve a mover la cabeza y dice no conocer al inspector. Lo describo: su aspecto físico, su forma de vestir, de hablar y los detalles de la conversación que mantuve con él.

—A ver, para no recordar absolutamente nada del pasado inmediato, como usted dice, ¿no cree que sabe mucho del tal inspector An? —interviene otro

agente.

Tiene razón, pero entonces ¿a qué viene esta desazón?

\*

Es como si me hubieran enviado a otro mundo, a un universo paralelo en el que Park Yute es policía, el inspector An no existe y yo soy el asesino de Unji.

\*

Ha vuelto a visitarme un agente. Me pregunta lo mismo:

—¿Por qué ha matado a Kim Unji?

—Ya le dije, el asesino de mi hija es Park Yute.

El policía que me interroga vuelve la cabeza hacia donde está otro agente, que es un poco más joven, y le habla como si yo no estuviera ahí:

—¿Qué sentido tiene un interrogatorio así?

—Habrá que redactar algún informe. Además, quién sabe. ¡A lo mejor todo es un *show*! —responde el joven. Luego, como si ya no aguantara más, se dirige a mí y me increpa—: Oiga usted, que le quede claro de una vez por todas. Kim Unji no era su hija ni nada parecido. Era auxiliar de prestación social para personas mayores. Una joven que atendía a domicilio a pacientes con alzhéimer.

No entiendo qué quiere decir eso de prestación social. El policía mayor trata de calmar al joven, que empieza a perder los estribos.

—¡Déjalo! ¡No te alteres! No servirá de nada.

\*

La confusión me supera.

\*

He leído en el periódico algo sobre mí. Lo he recortado para conservarlo.

...La familia denunció la desaparición de Kim Unji. La desaparecida llevaba tres días sin acudir al trabajo —algo inusual en ella según fuentes cercanas— y se encontraba en paradero desconocido. Trabajaba como asistente social ayudando a enfermos de alzhéimer, de manera que la investigación policial empezó por ahí, visitando familias a las que había acudido para ayudar a este tipo de pacientes. Así fue como dieron con el presunto asesino, Kim Byeongsu, un hombre de setenta años cuya casa fue registrada por orden judicial y en la que no solo encontraron el cuerpo descuartizado de Kim Unji sino restos de una menor. Por el estado del cuerpo se especula que llevaba enterrada ahí muchos años. La policía ha manifestado que procederán a investigar la muerte de esta menor en cuanto tengan los resultados de la autopsia. Al parecer, el sospechoso no tiene antecedentes penales y sufre de alzhéimer avanzado, de modo que por ahora toda la atención está puesta en si se abrirá o no un juicio.

\*

Aparezco con frecuencia en las noticias. Nadie cree que Unji sea hija mía.

¿Será que tienen razón?

Según ellos, Unji era auxiliar de prestación social para personas mayores, una joven responsable, muy comprometida en ayudar a ancianos con alzhéimer que viven solos.

La televisión transmite repetidas veces el funeral de Unji y se ve cómo le lloran sus compañeros de trabajo. Es tal la pena y los lamentos que por poco me convencen de que efectivamente Unji no es mi hija sino una auxiliar social. La policía rastrea con lupa las inmediaciones de mi casa.

Hablan de pruebas de ADN, que si el demonio... y cosas por el estilo.

Llamé al policía que me vigilaba. Le aconsejé avisar a sus compañeros para que dejaran ya el patio y fueran al bosque de bambú. El tipo se quedó blanco. Al poco, se empezó a ver en la televisión el bosque de bambú, mi bosque, donde me columpiaba siempre en la cadencia de sus espléndidas hojas de bambú.

—¡Pero si esto parece un cementerio! —comenta un vecino al comprobar el desfile de cadáveres que desenterraron de la montaña.

\*

Sucedan, suceden cosas, pero no consigo entenderlas. Situaciones y escenas semejantes que se repiten una y otra vez sin yo poder retenerlas. Aquí ni siquiera tengo un bolígrafo, mucho menos la grabadora. Me lo habrán quitado, creo yo. He conseguido un trozo de tiza y con él escribo en la pared lo que me sucede día a día. ¿De qué me servirá?, me pregunto a veces. ¡Qué caos! ¡Cuánta confusión!

\*

Me arrastraron al lugar del crimen, pero no hice nada. No, más bien no pude hacer nada. ¿Cómo voy a reconstruir algo que no recuerdo? Los vecinos me han arrojado cosas. Gritan que soy peor que un animal. Algo me golpea en la cabeza. Una botella. Me duele.

\*

Ha venido a verme Park Yute. Este hombre me desconcierta cada vez que lo veo. Admitió que me estuvo rondando durante mucho tiempo, que sospechó que yo podía estar involucrado en los asesinatos que se estaban cometiendo por la zona. Nada más sentarse, apareció un psicólogo que se colocó junto a él en una silla. Me parece haberlo visto en la televisión, contando sandeces, que si esto o lo otro, sobre la mente de los asesinos en serie, pero quién sabe, puede que me equivoque.

—¿Recuerda cuando fui a verlo con los estudiantes de la academia de policía? —preguntó Park Yute.

—Fue el inspector An.

—El inspector An no existe. Fui yo quien acompañó a los muchachos.

Protesté, le dije que eso era imposible. Park Yute se volvió hacia el psicólogo. Hubo un intercambio de sonrisas que a mí no se me escapó.

—No, tú viniste con Unji. Querías casarte con ella.

—Claro, me encontré con ella en alguna ocasión. Unji pasaba mucho tiempo en su casa y yo tenía algunas preguntas que aclarar.

—¿Y el incidente del coche? ¿Qué me dice de la colisión? De su *jeep*.

—Ese accidente tampoco existió. Yo conduzco un Avante, un utilitario.

—¿Quiere decir que tampoco caza?

—Eso mismo.

A medida que avanzaba la conversación, mi confusión era cada vez mayor.

—¿Y ya ha resuelto todos los asesinatos? —fue mi última pregunta.

—Con el tiempo todo se sabrá.

Hubo otra sonrisa cómplice entre los dos hombres antes de salir, dejándome

ahí, abandonado.

\*

Tengo días de mucha lucidez y otros en los que estoy totalmente obnubilado.

\*

—¿Le parece injusto? —pregunta el inspector. Yo sacudo la cabeza—. ¿Cree que lo estamos calumniando?

La pregunta me hizo gracia. El inspector me subestimaba. Eso era precisamente lo que me molestaba. Si me hubieran detenido en su momento, la pena que me hubieran impuesto habría sido mucho mayor. En tiempos del presidente Park Chung-Hee habría ido directo a la horca o a la silla eléctrica.

Yo maté a la madre de Unji. Fui a su casa. Primero acabé con su marido. Luego, cuando ella llegó, la secuestré y la maté. Unji era muy pequeña y se salvó porque estaba en la guardería. Aun hoy, recuerdo aquellas escenas con una precisión asombrosa, pero sobre la muerte de Unji no consigo acordarme de nada. Al parecer la policía ha encontrado en casa varios objetos con los que sospechan que maté y enterré a mi hija Unji. Encontraron más cosas detrás de la casa, cosas que según ellos no tuve tiempo de esconder y que conservan mis huellas dactilares. Pueden tramar lo que sea si lo que buscan es arrestarme.

He oído que hay casos de pintores muy prolíficos que tienen problemas para distinguir un cuadro suyo de una imitación.

—Podría ser perfectamente mío, pero no recuerdo haberlo pintado —dijo uno de esos pintores en un pleito ante un cuadro suyo que él consideraba una copia.

Perdió el litigio. Así me siento yo.

—Podría ser obra mía, pero no recuerdo haberlo cometido —le dije al inspector.

Sin embargo, me apremió para que lo recordara. Es absurdo que uno mate a alguien y lo pueda olvidar. Tomé su mano. Él no me rechazó.

—Usted no lo entiende —expliqué mirándole fijamente a los ojos—. El

primero en querer saber lo que pasó soy yo. Me oye, inspector, yo también quiero recordarlo y lo deseo más que nadie porque para mí es un asunto existencial.

\*

Todos cuestionan los recuerdos que tengo de Unji. Nadie se pone de mi lado. En la televisión hablan de mí. Que soy un veterinario retirado, que desde mi jubilación he llevado una vida marginal, sin casi relacionarme con vecinos ni con pariente alguno.

—¿Y qué me dice del perro? Digo, el chucho —pregunté un día al inspector.

—¿El perro? Ah, sí, el perro sí existió. Fue el que cavó el patio.

¡Qué alivio! Al menos el perro es real.

—¿Y qué pasó con el chucho? Nunca supe quién era su dueño.

—¿Cómo que dueño? ¡Usted vivía solo y era su único dueño! —dijo el inspector y preguntó dirigiéndose a un joven policía que venía a entregarle unos papeles—: Oye, tú, ¿se sabe algo del perro de este?

—Parece ser que los vecinos se lo querían comer, pero el alcalde los convenció para que lo soltaran. No era buena idea meterse en la boca un perro que se había alimentado de restos humanos. No tiene a nadie, así que supongo que andará suelto por ahí.

\*

Escuché lo que decía la televisión de Unji:

«Los compañeros de trabajo no pueden contener el dolor por la pérdida de Kim Unji, que tanto hizo por los ancianos con alzhéimer».

¿Y qué hay entonces de todas esas conversaciones que mantuve con ella? ¿No son más que invenciones de mi mente? ¡No, no puede ser! ¿Cómo es posible que la imaginación sea más real que la propia realidad?

\*

—¿Encontraron muchos cuerpos?

El inspector asintió con la cabeza.

—Quiero pedirle un favor. Hace muchos años maté a una mujer que trabajaba en el centro cultural de la ciudad y también a su marido. Me gustaría saber si tuvieron hijos.

El inspector accedió a mi petición. Tengo la impresión de que los agentes ya no me miran con hostilidad. A veces incluso siento que me respetan, que me consideran algo así como un confidente, un informador valiente. El inspector volvió después de unos días.

—Tenían una niña de tres años, pero murió asesinada junto a su padre. Con un arma contundente. —Hojeaba un documento cuando se le escapó una sonrisa —: ¡Qué casualidad! La niña también se llamaba Unji.

\*

De repente, tengo la sensación de que he perdido la partida. Pero ¿de qué juego?  
No lo sé, pero sé que he perdido.

\*

Pasa el tiempo. Se celebra el juicio. La gente se arremolina a curiosear. Me llevan de un lado a otro. Vuelve a llenarse de gente. Comienzan a preguntar sobre mi pasado. No hay problema, lo recuerdo relativamente bien y puedo responder. Les hablé de todos mis crímenes mientras ellos no paraban de tomar nota. Lo conté todo, menos el asesinato de mi padre. La gente me preguntaba cómo podía recordar con tanta precisión cosas que habían pasado hace tanto tiempo y en cambio no recordaba nada de lo que acababa de suceder. Que si eso era posible, que si acaso no era una treta para evitar la condena. Que les contara solo lo que por el tiempo transcurrido estaba fuera de lo prescrito por la acción penal, eso mismo que aseguraba no recordar por temor a ser procesado.

Ellos no lo entienden, no saben que ya estoy cumpliendo condena, que Dios ya me ha sentenciado: me estoy hundiendo en el olvido, en la oscuridad más absoluta.

\*

¿Me convertiré en eso que llaman un zombi cuando muera? ¿O es que ya lo soy?

\*

Un hombre vino a verme. Se presentó como periodista. Dijo que quería conocer el mal, comprenderlo. Me hizo gracia su frivolidad.

—¿Por qué quiere comprender el mal? —pregunté yo.

—Porque solo así podré evitarlo.

—El mal dejaría de serlo si se pudiera comprender. Solo puedo aconsejarle que rece para no cruzarse con él. —Ante la evidente decepción del periodista me permití agregar—: No es el mal lo que uno debe temer, es el tiempo. Nadie puede vencer al tiempo ni nada se puede hacer contra él.

\*

Estoy en un lugar que bien puede ser una prisión o bien un hospital. No sabría distinguirlo. Puede ser una cosa intermedia entre lo uno y lo otro. He pasado un par de días aquí pero quizá también una eternidad. He perdido la noción del tiempo. No sé si es por la mañana o por la tarde, tampoco estoy seguro de si estoy todavía en este mundo o en el otro. Viene a verme gente desconocida y me pregunta a todas horas por estos y otros nombres, unos que ya no me despiertan ninguna imagen. El vínculo entre aquellos nombres y los sentimientos que podrían albergar se ha roto. Me siento confinado, aislado en un pequeño punto del universo infinito, del que probablemente nunca podré escapar.

\*

Hay un verso que me ronda en la cabeza desde hace unos días, como una nube de efímeras a orillas de un río que no puedes quitarte de encima. Un haiku compuesto por un japonés condenado a muerte.

*Lo que queda*

*De la canción*

*A escucharla en la otra vida.*

*Eh.*

\*

Hay un hombre sentado frente a mí. No lo había visto antes. Me habla duro, con tanta acritud que me inspira cierto miedo. Me está interrogando.

—¿No será que finge usted padecer alzhéimer para evitar la condena? —me pregunta.

—Yo no padezco alzhéimer. A veces me olvido de algunas cosas, eso es todo —respondo yo.

—¿No dijo usted al principio que tenía alzhéimer?

—¿Yo? Pues, no lo recuerdo. Yo no tengo alzhéimer. Lo único es que estoy un poco cansado. No, no un poco, sino muy, muy cansado.

El hombre sacude la cabeza y se pone a emborronar sobre un papel.

—¿Por qué mató usted a Kim Unji? ¿Qué motivos tuvo?

—¿Yo? ¿Cuándo? ¿A quién?

El hombre no para de hablarme de cosas que no entiendo y yo me siento cada vez más cansado, tan cansado que me cuesta hasta mantenerme derecho. Me inclino hacia él con la cabeza agachada y le ruego, si hay algo que he hecho mal, que por favor me perdone.

\*

Me cuesta abrir los ojos. ¿Qué hora será? ¿Es de día o de noche? Ni eso puedo responder.

\*

Apenas entiendo lo que dice la gente.

\*

Me viene ahora a la cabeza el *Sutra del corazón* que memoricé sin darme cuenta.  
Lo recito tumbado en la cama a todas horas:

Así, en el vacío no hay forma, ni sensaciones, ni percepciones, ni impulsos, ni consciencia; no hay ojo, ni oído, nariz, lengua, cuerpo ni mente; no hay formas ni sonidos, olores, sabores, tactos, ni objetos mentales; no hay consciencia de los sentidos. No hay ignorancia ni extinción de ella. Ni hay todo lo que procede de la ignorancia; ni vejez, ni muerte, ni extinción de la vejez y la muerte. No hay sufrimiento, ni su causa, ni su cese, ni sendero de liberación. No hay conocimiento, ni logros, ni falta de ellos. <sup>1</sup>

\*

Mi cuerpo flota sumergido en agua tibia. Todo es tranquilo y apacible. ¿Quién soy? ¿Dónde estoy? Sopla una brisa en el vacío. Nado sin parar dentro del agua, pero por mucho que me esfuerzo no consigo salir. Es un mundo sin sonidos ni vibraciones, un mundo que se hace cada vez más pequeño, que se encoge sin cesar hasta convertirse en un punto, en una mota de polvo en el universo, en algo aún más pequeño hasta que desaparece.

## Kim Young Ha

Quizá porque nació quince años después del armisticio entre las dos Coreas, Kim Young-Ha se ha erigido como una de las voces más importantes de su país sin necesidad de construir una obra atravesada por el conflicto entre el Norte y el Sur. Su oda existencialista *Tengo derecho a destruirme* marcó un debut soñado: varias traducciones, cientos de miles de ejemplares vendidos y la certeza de que Corea del Sur había descubierto una voz única. Desde entonces, ha sido columnista en medios como *The New York Times* y ha escrito brillantes novelas sobre temas tan disímiles como la migración coreana en la península de Yucatán o la vida de dos espías que no saben lo que buscan. La potente industria cinematográfica de su país lo tiene como autor de referencia y tres libros suyos han sido adaptados a la gran pantalla, incluida esta novela, bajo el título *Memorias de un asesino*, dirigida por Shin-yeon Won.

# Notas

1. <http://www.librosbudistas.com/descargas/corazon/sutra—del—corazon.htm>

*Quién sabe si mañana seguiremos aquí*  
Kim Young-ha

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.  
Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Diseño de portada: CoverKitchen

© Kim Young-Ha, 2019  
© por la traducción, Seong Cholim y Kwon Eunhee, 2019  
Corrección de estilo a cargo de Harrys Salswach  
Este libro está publicado con el apoyo del Instituto de Traducción Literaria de Corea (LTI Korea)

© Editorial Planeta, S. A., 2019  
temas de hoy, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A  
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)  
[www.editorial.planeta.es](http://www.editorial.planeta.es)  
[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

Primera edición en libro electrónico (epub): octubre de 2019

ISBN: 978-84-9998-772-9 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta

¡Encuentra aquí tu próxima lectura!

# NARRATIVA CONTEMPORÁNEA

---



¡Síguenos en redes sociales!

